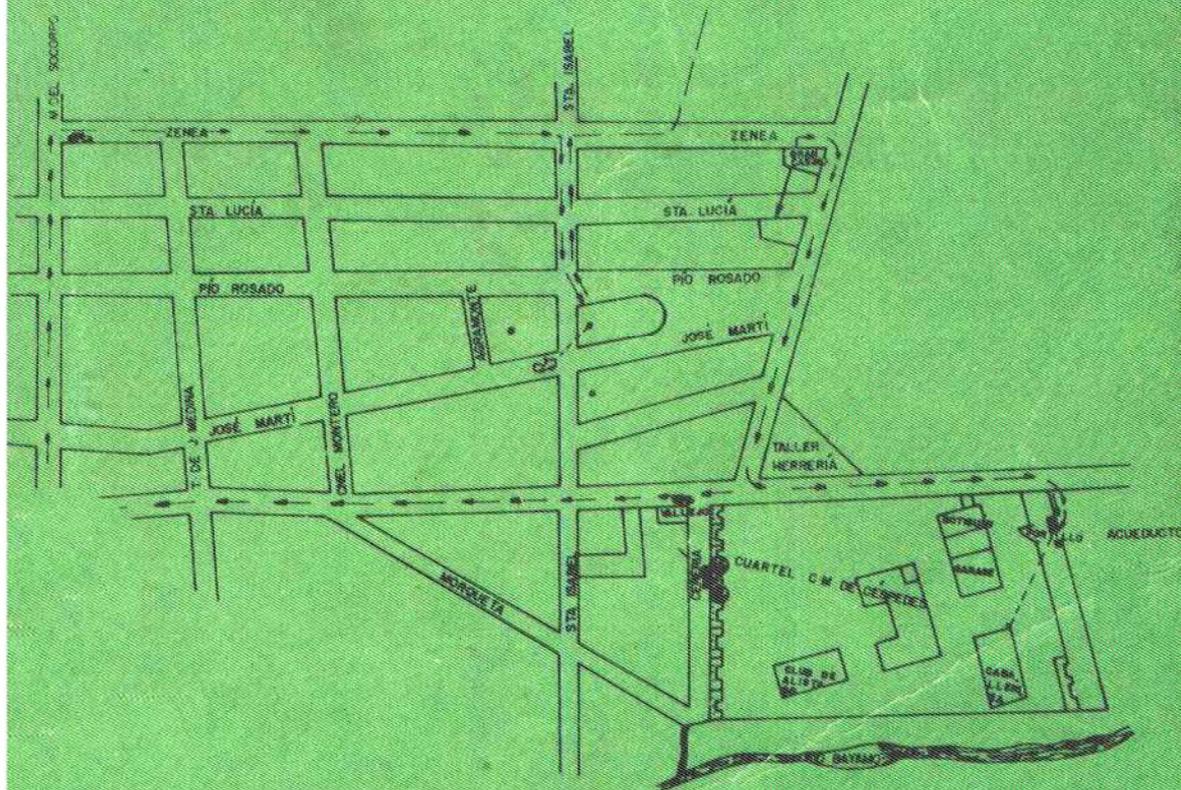


LAS AVANZADAS DEL CAUTO: EL ATAQUE AL CUARTEL DE BAYAMO



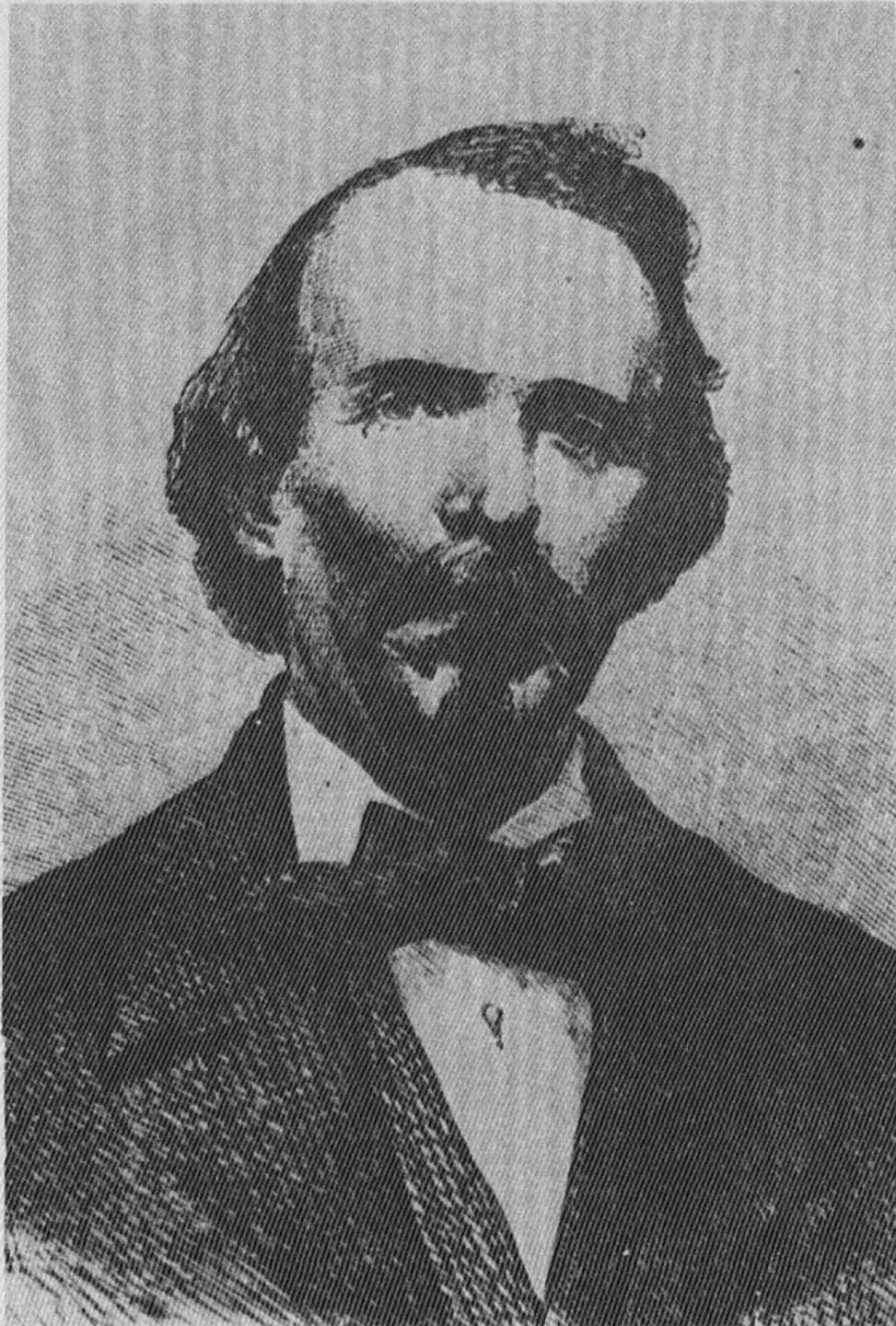
Rubén Castillo Ramos

***LAS AVANZADAS
DEL CAUTO:
EL ATAQUE
AL CUARTEL
DE BAYAMO***

Rubén Castillo Ramos

5

EDITORIAL ORIENTE, Santiago de Cuba, 1981



Los cubanos somos hombres de hierro y podremos resistir las más duras pruebas. Generación tras generación tomaremos las armas hasta conquistar la libertad.

Carlos Manuel de Céspedes



*Yo tengo de Bayamo el alma
intrépida y natural.*

José Martí

A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al río Cauto.

No se olvide nunca que esta provincia que hoy tiene millón y medio de habitantes, es sin duda la más guerrera y patriótica de Cuba; fue ella la que mantuvo encendida la lucha por la independencia durante treinta años y le dio el mayor tributo de sangre, sacrificio y heroísmo.

En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa, y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire.

FIDEL

La historia me absolverá

INTRODUCCIÓN

Este relato sobre el ataque al cuartel de Bayamo está estructurado sobre el reportaje original publicado en la revista Bohemia en su edición de julio 23 de 1961, bajo el título "A la misma hora del Moncada, en Bayamo se escribió otra página heroica".

El reportaje estaba dividido, originalmente, en dos trabajos. Lo había hecho sin tener en cuenta para nada y desechando totalmente las versiones oficiales, falsas y tendenciosas, que sirvieron de base a la publicación en la prensa burguesa de las más mentirosas y descaradas informaciones, con las que la tiranía pretendía ocultar al pueblo la verdad de los hechos y encubrir los horrendos crímenes cometidos por sus fuerzas represivas.

Por esta circunstancia y por el hecho de estar redactado en un estilo directo y forense, dicho reportaje no pudo ser publicado durante el largo tiempo que duró la tiranía.

Por eso y, principalmente, para no delatar a participantes y testigos de la población civil. Lo consideré un deber profesional hacerlo así.

Había tenido el cuidado de no utilizar en forma directa la vía de los testimonios personales, que me hubieran amparado bastante, atenuando mi responsabilidad, pero que, en definitiva, habrían perjudicado a mis informantes, colocándolos en una situación muy comprometida y difícil.

Se hizo, pues, lo que estimé más correcto. Lo que la situación imperante exigía.

Al año y meses de haber triunfado la Revolución, la nueva dirección de la revista Bohemia me envió el reportaje para que lo condensara en un solo trabajo y le hiciera las correcciones necesarias.

Ese fue el reportaje que se publicó y que se ajustó a los datos concretos del ataque al cuartel de Bayamo y del que se han hecho varias reproducciones.

A pesar del tiempo transcurrido y de adolecer de algunos errores, aquél trabajo periodístico ha mantenido su vigencia, debido, fundamentalmente, a que en el mismo se exponían por primera vez aspectos y detalles tan importantes como los siguientes: cómo había sido organizada la acción armada por Renato Guitart y los contactos tenidos por éste en Bayamo; cómo se había proyectado el plan de ataque al cuartel; cuál había sido el local utilizado por los asaltantes como cuartel general y algunos episodios ocurridos allí, como la retención por los revolucionarios del dueño del hospedaje, Juan Manuel, Nene, Martínez y la hora en que salieron para el combate; incidencias dentro del cuartel de la guardia rural, el asesinato a mansalva de los prisioneros y la acción criminal del teniente Juan A. Roselló Pando, jefe militar de la plaza; el señalamiento del falso combate de Ceja de Limones, pretexto que se esgrimió para tapar la matanza de cuatro de los combatientes apresados; la incorporación de elementos de la población civil a la acción armada, sin llegar a combatir, y su participación activa en el salvamento de varios de los combatientes y la valiente acción similar realizada por distintas personas, tanto en la ciudad como en el campo.

La primera reproducción del mencionado reportaje se hizo en el libro Relatos del Moncada, editado el 20 de julio de 1964 por la Comisión de Orientación Revolucionaria de la dirección nacional del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC); la segunda, en el mes de julio de 1970, en el libro 26, de Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, con una tirada de 30 mil ejemplares; la tercera, por la propia editorial

del Instituto Cubano del Libro, en una segunda edición del libro 26 publicada en junio de 1971, y la cuarta (fragmentos) en el libro Moncada, edición de lujo en homenaje al vigésimo aniversario del 26 de julio de 1953, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, año 1973.

Es necesario y muy importante que señale que en la primera reproducción que se hizo del relato en el libro 26 se cometió un error en el crédito del trabajo, al ponerse "por el combatiente Rubén Castillo Ramos". En su oportunidad hice la aclaración correspondiente al Instituto Cubano del Libro, pero en la segunda edición que se hizo de dicha obra se volvió a incurrir en el mismo error.

Aprovecho ahora la ocasión para dejar bien aclarado que yo no tuve el honor de participar en la heroica acción del ataque al cuartel de Bayamo, lo cual es fácilmente comprensible para cualquier buen lector, toda vez que el relato está escrito en tercera persona. Mi única y modesta contribución a aquel hecho histórico fue recogerlo en la forma más veraz posible, con los datos de primera mano anotados en el escenario de los hechos. Que conste así.

Luego, con más elementos, el relato original ha ido sufriendo sustanciales transformaciones. Así, por ejemplo, el reportaje que se publicó en la revista Bohemia, conjuntamente con el compañero Aldo Menéndez, en la edición de fecha 27 de julio de 1973, bajo el título "El asalto al cuartel de Bayamo", ya que se presenta como un trabajo mejor y más acabado. Y así sucedería también con el relato publicado en el folleto Bayamo histórico, editado por la Comisión de Historia Regional de PCC de Bayamo, el 26 de julio de 1973, con el título El ataque al cuartel de Bayamo.

Ahora, por iniciativa de la Editorial Oriente del Ministerio de Cultura, se ofrece esta nueva versión, más enriquecida y mucho mejor lograda. Aunque se aprovechan los elementos del relato original, se trata de algo nuevo, distinto. Se ofrecen testimonios y datos hasta ahora inéditos sobre la valiente y audaz acción escenificada en la Ciudad Monu-

mento Nacional por los heroicos jóvenes de la Generación del Centenario. Aspiro a que esta pequeña obra, bastante completa en sus aspectos básicos, sea de utilidad y facilite el aporte de nuevos datos sobre este hecho histórico.

Rubén Castillo R.

I

Los antecedentes

Los antecedentes históricos de la insurrección armada del 26 de julio de 1953 y su objetivo inmediato, el ataque a los cuarteles Moncada de Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo, hay que buscarlos, principalmente y en términos generales, en las defraudaciones, entreguismo al reaccionario poder económico foráneo y de la oligarquía nativa, asalto constante a los fondos de la nación, con merma inconcebible de su economía y el consiguiente y voraz enriquecimiento de los gobernantes de turno y la secuela obligada de abandono total en todos los órdenes, hambre, miseria, analfabetismo, enfermedad, desalojos campesinos, despidos obreros, desempleo y desolación, que se padecieron ininterrumpidamente, durante la etapa sombría de la seudorrepública, a lo largo de más de medio siglo.

Esa deplorable situación, que ya se hacía insoportable, se agudizaría durante el gobierno de Carlos Príos Socarrás, que, como los anteriores, se desprestigiaría por la bochornosa sumisión a los intereses imperialistas, por la ola de gangsterismo que asolaba y llenaba de zozobra al país, el robo descarado del tesoro público, que no tenía medida ni fronteras, la imposición de desvergonzadas cama-

rillas sindicales, sin ningún prestigio en la masa proletaria, la persecución tenaz al movimiento obrero, la clausura de su prensa revolucionaria y el vil asesinato de muchos de sus líderes; todo lo cual sirvió de pretexto –aunque injustificado, por la moral podrida y la extensa hoja delictiva de sus autores– al funesto golpe militar encabezado por Fulgencio Batista, tirano y criminal reincidente, el 10 de marzo de 1952, a sólo 80 días de las elecciones –en las que no tenía posibilidad alguna de salir electo–, en contubernio con el imperialismo norteamericano, para impedir la llegada al poder del Partido Ortodoxo y las masas populares que lo integraban, a las cuales era a las que en realidad temían y que eran una inmensa y arrolladora mayoría en la nación.

A las pocas horas de haberse producido el golpe militar, Fidel Castro, lo denunciaría enérgicamente en un manifiesto en el que decía en su encabezamiento: “¡Revolución no, zarpazo! Patriotas no, liberticidas, usurpadores, retrógados, aventureros sedientos de oro y poder”, terminando con esta patriótica exhortación a la ciudadanía, que era al mismo tiempo una severa advertencia: “Cubanos: Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la Patria, pero habrá algún día otra vez libertad. La hora es de sacrificio y de lucha. Si se pierde la vida nada se pierde, ‘vivir en cadenas, es vivir en afrenta y oprobio sumidos. Morir por la Patria es vivir’.”

Era una clarinada a la conciencia del pueblo. Y su autor, poniéndose al frente de un movimiento revolucionario sólido, puro y distinto, daría el ejemplo, el primero, trazando la única vía lógica contra la tiranía: la lucha armada. Y bajo esa consigna, lograría nuclear a su alrededor a un grupo de jóvenes decididos, luchadores; estudiantes algunos, pobres y trabajadores todos.

Sobre quiénes integraban este grupo y cual era su condición social, tenemos un buen ejemplo en este testimonio de Pedro Miret, que en aquella época impartía entrenamiento militar en la Universidad de La Habana a varios revolucionarios: “Se apareció un individuo flaco y largo,

como no he visto otro jamás. Aquel compañero medía seis pies y cuatro o cinco pulgadas. Vino a vernos de parte de una persona que no estaba precisamente entre los favoritos de los predios universitarios, a pesar de su postura vertical y sin equívocos contra la tiranía. Pero ¿qué se podía esperar si allí los favoritos eran los señores que meses atrás fueron objeto de sus viriles denuncias!

“El compañero flaco y largo venía de parte de Fidel a ver si podíamos entrenarle un grupito que él tenía, ya que carecía de medios para entrenarlo. Nos llamó la atención la forma cortés, tan diferente, de este compañero. Era lógico: él no tenía cartel de guapo. Era un simple obrero del mercado que tenía que trabajar diariamente muy duro. Estaba tan flaco por el hambre que pasaba. Creo que pocas veces dejó de pasarla. Se trataba de Nico López.”

Con hombres de esta talla –a los que de inmediato se uniría el propio Miret– iría Fidel al ataque de las fortalezas militares de Santiago de Cuba, considerada la segunda en importancia del país, y Bayamo, que estaba entre las primeras de Oriente por su posición estratégica, para terminar con la angustiada situación que padecía la nación.

En su histórico alegato de autodefensa, conocido como *La historia me absolverá*, Fidel describiría con claridad esa situación en la forma siguiente:

El ochenta y cinco por ciento de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de United Fruit Company y la West Indian unen la costa norte con la costa sur. Hay *doscientas mil familias* campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de *trescientas mil caballerías* de tierras productivas.

Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo, si el campo hizo la independencia, si la grandeza y prosperidad de nuestra nación depende de un campesinado saludable y vigoroso que ame y sepa cultivar la tierra, de un Estado que lo proteja y lo oriente, ¿cómo es posible que continúe este estado de cosas?

Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados... Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar el país es urgente, que hacen falta industrias metalúrgicas, industrias de papel, industrias químicas, que hay que mejorar las crías, los cultivos, la técnica y elaboración de nuestras industrias alimenticias para que puedan resistir la competencia ruinosa que hacen las industrias europeas de queso, leche condensada, licores y aceites y las de conservas norteamericanas, que necesitamos barcos mercantes, que el turismo podría ser una enorme fuente de riquezas; pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendadas griegas.

Tan grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba *doscientos mil bohíos y chozas; cuatrocientas mil familias* del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones, cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; *dos millones doscientas mil personas* de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y *dos millones ochocientas mil* de nuestra población rural y suburbana carecen de luz eléctrica.

Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres, los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones; si el Estado se abstiene, construyen mientras pueden percibir un tipo elevado de renta, después no colocan una piedra más aunque el resto de la población viva a la intemperie. Otro tanto hace el monopolio eléctrico; extiende las líneas hasta el punto donde pueda percibir una utilidad satisfactoria a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días. El Estado se cruza de brazos y el pueblo sigue sin casas y sin luz.

Nuestro sistema de enseñanza se complementa perfectamente con todo lo anterior: ¿En un campo donde el guajiro no es dueño de la tierra para qué se quieren escuelas agrícolas? ¿En una ciudad donde no hay industrias para qué se quieren escuelas técnicas o industriales? Todo está dentro de la misma lógica absurda: no hay ni una cosa ni otra. En cualquier pequeño país de Europa existen más de doscientas escuelas técnicas y de artes industriales; en Cuba no pasan de seis y los muchachos salen con sus títulos sin tener dónde emplearse. A las escuelitas públicas del campo asisten descalzos, semidesnudos y desnutridos, menos de la mitad de los niños en edad escolar y muchas veces es el maestro quien tiene que adquirir con su propio sueldo el material necesario. ¿Es así como puede hacerse una patria grande?

De tanta miseria sólo es posible librarse con la muerte; y a eso sí los ayuda el Estado: a morir. El *noventa por ciento* de los niños del campo está devorado por parásitos que se les filtran desde la tierra por las ~~uñas de los~~ pies descalzos. La sociedad se ~~conmueve~~ ~~por~~ ~~la~~ ~~noticia~~ del secuestro o el asesinato de una criatura, pero permanece criminalmente indiferente ante el asesinato en masa que ~~se~~ ~~comete~~ con tantos miles y miles de niños que

mueren todos los años por falta de recursos, agonizando entre los estertores del dolor, y cuyos ojos inocentes, ya en ellos el brillo de la muerte, parecen mirar hacia lo infinito como pidiendo perdón para el egoísmo humano y que no caiga sobre los hombres la maldición de Dios. Y cuando un padre de familia trabaja cuatro meses al año, ¿con qué puede comprar ropas y medicinas a sus hijos? Crecerán raquíticos, a los treinta años no tendrán una pieza sana en la boca, habrán oído diez millones de discursos, y morirán al fin de miseria y decepción. El acceso a los hospitales del Estado, siempre repletos, sólo es posible mediante la recomendación de un magnate político que le exigirá al desdichado su voto y el de toda su familia para que Cuba siga siempre igual o peor.

Con tales antecedentes ¿cómo no explicarse que desde el mes de mayo al de diciembre un millón de personas se encuentren sin trabajo y que Cuba, con una población de cinco millones y medio de habitantes, tenga actualmente más desocupados que Francia e Italia con una población de más de cuarenta millones cada una?

Esos fueron los antecedentes que generaron las acciones armadas revolucionarias del 26 de julio de 1953 y que tuvieron como autor intelectual —según las palabras de Fidel— a la figura insigne del primer luchador antimperialista de la América Latina: José Martí.

II

La víspera

El 25 de julio de 1953, Bayamo, la histórica Ciudad Monumento Nacional, luce tranquila. La vida discurre sin relieves. Por la calle General García —arteria comercial— la gente va y viene. Hay muchas personas de rostros compungidos paradas frente a las vidrieras atestadas de artículos que su pobre o ninguna economía no les permite comprar.

En el Liceo Elpidio Estrada, la más exclusiva sociedad local, el comandante Gilberto Santiesteban narra episodios de la epopeya independentista y de La Chambelona, cuando los liberales alzados no pudieron tomar el cuartel de Bayamo, con su guarnición sitiada, por la llegada de un refuerzo de tropas de Manzanillo. La Juventud ociosa mata el tiempo jugando billar, continental, poker y muchas otras artes gariteriles autorizadas debidamente por la tiranía hasta en los centros sociales más exclusivos, como el propio Liceo, Bayamo Social —de la gente “de color”—, el Círculo Bayamo y la Colonia Española.

Durante la noche nada altera el ritmo de la ciudad, excepto el ruido ensordecedor de los altoparlantes instalados en infinidad de verbenas que se efectuaban sábados y domingos, en los barrios extremos, como un medio de lo-

gros económicos, y las vitrolas de los bares, abiertos hasta avanzadas horas, con la atracción de jóvenes meseras y que eran la antesala y los viveros de los cuales se nutrían de carne fresca los prostíbulos legalmente establecidos. Todo esto daba a la vieja ciudad un ambiente de fiesta y de falsa alegría.

Las primeras horas de la madrugada transcurren igual, quietas, serenas, en la cuna de Céspedes, Aguilera, Perucho Figueredo y el Himno.

Violento Amanecer

Es 26 de Julio, 5 y 15 de la mañana. Un intenso y violento tiroteo, que se escucha en la parte alta de la ciudad, sacude a todos los hogares. Son unos veinte minutos de angustiada y creciente alarma... Luego, tiros aislados. Los vecinos se asoman a puertas y ventanas. Los primeros claros del día permiten ver que jeeps del ejército y la policía cruzan velozmente por las calles desiertas o con escasos transeúntes.

¿Qué ocurre?

Vuelan las versiones. “Es en el cuartel. Se han fajado entre ellos mismos.” “No, son elementos revolucionarios que han atacado al cuartel.” “Parece que hay muertos y heridos.”

Unas horas después comienzan a filtrarse noticias sobre detenciones. En el cuartel están presos Juan Manuel, *Nene*, Martínez, propietario del hospedaje Gran Casino, el joven Fernandito Fernández Catá¹ (y el chofer Carlos González Machado).² Horas después correrían la misma suerte José, *Pepito*, Desiderio Corona Fernández³ y su ve-

¹ Abandonó el país

² Fue el chofer que utilizó en Bayamo Renato Guitart. Teniente jubilado del Ejército Rebelde

³ Fallecido

cino el juez Ortega, que vivían cerca del cuartel, entre otros, y posteriormente, Juancito Olazábal, hijo de Juan Manuel, *Nene*, Martínez y avezado luchador revolucionario, que había sido miembro de Joven Cuba y Secretario General de Acción Revolucionaria Guiteras.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué era lo que en realidad había pasado? ¿Cómo se habían desarrollado los hechos?

Pronto se conocería que en la historia de la vieja y legendaria ciudad, tan rica en hechos heroicos, se había incrustado una nueva página, honrosa y plena de dignidad y valentía, que luego desencadenaría una lucha revolucionaria sin tregua, hasta convertir en realidad los más caros anhelos de los patriotas del 68 y el 95.

Los preparativos

En los primeros días del mes de julio de 1953 llegó a Bayamo un joven nombrado Renato Guitart, quien se entrevistó con su amigo y condiscípulo del colegio La Progresiva, de Cárdenas, Fernandito Fernández Catá, hijo de familia rica y perteneciente a la alta sociedad bayamesa, al que expuso sus planes para montar un negocio avícola, similar al que estaba fomentando en Santiago de Cuba, su ciudad natal, solicitando su cooperación para conseguir un lugar adecuado y para que lo relacionara, con el fin de lograr el mayor éxito.

Fernandito, con una visión del amigo de los días de estudiante y de su carácter alegre y jaranero, le dijo, asombrado y entre risas:

—¡Uuuuh, chico; déjate de bromas! ¿Tú metido a criador de pollos? ¿Qué clase de “pollos”...?

Parecía raro. Pero así era. Lo único que Renato iba a montar un “negocio” de “pollos” finos, de raza pura, de pelea, para enfrentarlos a un “tope” audaz y heroico con la historia.

Puestos de acuerdo los dos amigos sobre la seriedad del proyecto, se dieron a la búsqueda de un lugar adecuado, decidiéndose por el hospedaje Gran Casino, situado fren-

te a las oficinas y talleres del departamento de Obras Públicas y a unas dos cuadras del cuartel Carlos Manuel de Céspedes, Escuadrón 13 de la Guardia Rural. Aquel hospedaje andaba mal, con escasa clientela, debido a la pésima situación económica imperante, y su propietario, Juan Manuel, *Nene*, Martínez, no tuvo el menor reparo en que los interesados se instalaran allí inmediatamente, aunque el contrato no se firmó hasta el 14 de julio.

Luego Renato presentó a Fernandito a algunos compañeros, diciéndole: –Éstos son los que van a atender el negocio aquí en Bayamo. Trátalos como me tratas a mi y ayúdalos en todo lo que puedas.

Los compañeros de Guitart iban por el río, cerca del cuartel, y algunos de ellos terminaron haciendo amistad con los trabajadores de la planta de bombeo del acueducto, situado a corta distancia de la parte trasera de la mencionada fortaleza militar. Principalmente fueron frecuente visita del acueducto uno que se dedicaba a dibujar y otro a tirar fotografías, los que sacaron vistas y dibujos del cuartel. Pero a esto no se le concedió la menor importancia, porque se estimaba que era una actividad propia de personas ajenas a la ciudad, interesadas por los lugares históricos.

Fernandito tuvo contacto con los compañeros de Renato Guitart durante veinte días, sin que pudiera sospechar –según confesó al autor– la tremenda realidad que se gestaba. Los jóvenes hacían una vida normal, tranquila, consultando todos sus pasos con él, que, en justa correspondencia, los relacionaba con elementos interesados en el negocio. Algunas veces viajaban a Santiago de Cuba, para entrevistarse con Guitart, que en el transcurso de esos días estuvo en Bayamo unas seis veces.

III

Entre veras y bromas

Una noche Fernandito fue a ver a sus amigos. Tocó fuerte en la puerta y dijo con energía:

—¡Abran, que es la Guardia Rural!

Se trataba de una broma muy al uso en aquellos tiempos. Pero la broma no fue del agrado de los muchachos, que le dijeron, muy serios: —No hagas más eso, que no nos gusta.

Otro día, el 24 de julio, Fernandito los visitó de nuevo en el albergue. Sentados en una cama hablaron sobre cosas de la juventud, mujeres, fiestas y, también, sobre las posibilidades del negocio y otras cuestiones. Reinaba un ambiente de franca camaradería, sinceridad y confianza.

De pronto, uno de ellos le hizo una extraña invitación.

—Fernando ¿quieres participar en el ataque al cuartel...?

El aludido estimó que le estaban devolviendo la broma de días atrás; que le estaban *tomando el pelo*, por lo que contestó:

—¡Ah, viejo, para hablar de tonterías hay tiempo!

Y continuaron hablando sobre otros temas, entre veras y bromas, sin dar importancia a lo ocurrido.

¿Era una indagación? ¿Estaban “sondeándolo” para conocer si era uno de sus hombres o si Guitart lo había puesto en antecedentes sobre el plan? O, por el contrario, ¿intentaban hacerle una invitación formal?

IV

La estrategia

Ya desde las primeras acciones insurrectas de 1868, se puso de manifiesto la importancia estratégica de la plaza de Bayamo. En nuestra primera guerra independentista, la posesión de la misma durante casi tres meses hizo posible que el mando insurrecto pudiera impartir a sus fuerzas una mejor organización militar.

La ubicación de Bayamo en el centro de las principales arterias de comunicación orientales, la cercanía de las montañas y de otras zonas operativas de ventajosas condiciones para la guerra de guerrillas, hace que esta ciudad sea clave en cualquier operación militar sobre la región.

En *La historia me absolverá*, el Comandante Fidel Castro define la importancia estratégica y patriótica de Bayamo:

Una vez en poder nuestro la ciudad de Santiago de Cuba, hubiéramos puesto a los orientales inmediatamente en pie de guerra. A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al río Cauto. No se olvide nunca que esta provincia que hoy tiene millón y medio de habitantes, es sin duda la más guerrera y patriótica de Cuba; fue ella

la que mantuvo encendida la lucha por la independencia durante treinta años y le dio el mayor tributo de sangre, sacrificio y heroísmo. En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire.

El ataque al cuartel de esta plaza, bien fortificado y que cubría casi una manzana, tenía pues, una importancia extraordinaria dentro del plan general de la insurrección armada.

Sobre el particular, son sumamente interesantes y valiosos los datos que aporta en su testimonio el combatiente de la acción de Bayamo, Pedro Celestino Aguilera González:

El viaje de los compañeros para el asalto al cuartel Moncada y al de Bayamo, se realizó en máquinas, por tren, por distintas vías. Nosotros salimos en varias máquinas. Cada chofer era el único que sabía su lugar de destino y algunas contraseñas que teníamos antes de llegar al pueblo. Los demás no sabían el lugar de destino, pero todos, en general, estábamos de acuerdo en iniciar la lucha en el momento y el lugar donde se nos dijera. Así llegamos al hospedaje de Bayamo y por cuestión de disciplina los compañeros estaban como si fueran acuartelados en habitaciones.

La misión del ataque al cuartel de Bayamo, específicamente era tratar de apoderarnos del centro de comunicaciones que radicaba en esa ciudad, así como el aeropuerto, y al mismo tiempo, impedir el paso del Regimiento de Holguín y de las fuerzas de Manzanillo. Para lograr esto, la estrategia que se iba a seguir era tratar de tomar el cuartel prácticamente sin lucha; tomar posteriormente la Es-

tación de Policía, y me tocaba a mí personalmente, en unión del compañero Ramiro Sánchez, trasladarme a las Minas de Charco Redondo, donde existía un gran grupo de compañeros nucleados ya en el Movimiento Revolucionario –que luego fue el 26 de Julio– y que vendrían con dinamita que ya teníamos preparada, para volar los puentes y establecer allí la barrera de defensa de los compañeros que en esos momentos estuvieran asaltando el cuartel Moncada, o ya hubieran tomado el mismo. Esa era la misión fundamental que tenía este grupo, y que yo no estoy de acuerdo en que se le llame “grupo suicida”, pues nosotros, al igual que los compañeros del Moncada, estamos seguros que de haber tomado el cuartel y la jefatura de policía, el pueblo se nos hubiera unido y con las armas conquistadas habría estado a nuestro lado en las líneas de resistencia que estableceríamos contra el Regimiento de Holguín, que era, tan poderoso como el de Santiago de Cuba, y las tropas de Manzanillo.

El ataque al cuartel tenía originalmente un plan: el compañero que estaba al frente de la operación iba a participar con un compañero del propio Bayamo, y penetrar en la posta delantera. Ese era un cuartel bastante grande, de mampostería y bien fortificado; pero nosotros contábamos con que el compañero ése de Bayamo –muy conocido de los guardias– al ir con un compañero nuestro perfectamente vestido de guardia y cuyas primeras palabras serían de que “este compañero viene a pasar los carnavales a Santiago de Cuba y necesita que se le albergue ahí”, la posta pues accediera, inmediatamente desarmarla, pasar a la posta de atrás –nosotros estaríamos situados en la parte de atrás del cuartel– entrar, tomar las barracas del cuartel, si había disparos, pues los había y si no, no los había... el interés nuestro era tratar de evitar por todos los medios que hasta que no hubiera decursa-

do un tiempo grande de lo del Moncada, no dar la alarma, para que nos diera tiempo para poder ir a las Minas de Charco Redondo, traer a los mineros y destruir los puentes que unen a Bayamo con Holguín y Manzanillo. Esa era la estrategia que se iba a seguir en el asalto al cuartel de Bayamo.

V

Las armas

La forma en que fueron trasladadas las armas con las que se atacó al cuartel de Bayamo, es otro episodio pleno de audacia y valentía, narrado con sencillez y precisión por el combatiente Ramiro Sánchez:

Las armas nos fueron entregadas en casa de un compañero¹ que también participó en la acción de Bayamo. Fueron entregadas por Fidel a otro compañero² y a mí. Las armas las llevamos por ferrocarril; nosotros sacamos los boletos del viaje. El día antes estuvimos alquilando una serie de automóviles. Ya después de haber alquilado los automóviles esos, pues, salimos en tren con las maletas que contenían las armas que íbamos a utilizar. Fundamentalmente estas armas eran fusiles calibre 22, escopetas calibre 12 y 16 y algunas pistolas y revólveres que se habían conseguido. Nosotros llegamos a Bayamo por la vía de Martí, el día 25, alrededor del mediodía. Sabíamos que en la esta-

¹ Orlando Castro (traidor)

² Orlando Rodríguez (traidor)

ción nos estarían esperando los compañeros, pero no sabíamos a quién nos íbamos a encontrar. Aunque nuestro destino era Bayamo, no conocíamos dónde era que en realidad se iba a realizar la misión. Únicamente nos habían dicho: "Estas armas ustedes las tienen que llevar a Bayamo y entregarlas allí." En la estación tuvimos que esperar como media hora, hasta que llegaron a recibirnos Gerardo Pérez Puellas, Raúl Martínez Ararás y otro individuo al que no conocíamos. Luego montamos en un carro y fuimos para el hospedaje, adonde llegamos como a las doce y treinta de la tarde. Gerardo nos enseñó planos y fotos del cuartel, que habían hecho Renato Guitart y Abel Santamaría, los que habían estado con anterioridad en Bayamo. Después Gerardo dijo: "Ahorita viene el viejo" (el encargado) y guardamos las armas.

a Bayamo se le confió la misión de esperar a Fidel en la carretera. Así lo hizo, conduciéndolo hasta el hospedaje Gran Casino, adonde llegó entre las ocho y media y las nueve y media de la noche.

La presencia del joven, querido y respetado jefe, causa la natural emoción y una intensa alegría. El ambiente se llena de efervescencia revolucionaria. Se viven momentos de recio espíritu patriótico, similares a tantos otros vividos en la vieja ciudad bayamesa en los inicios de las guerras independentistas del 68 y el 95. -i

En tránsito para Santiago de Cuba, donde lo esperan las misiones de mayor responsabilidad y envergadura, Fidel aprovecha el breve tiempo de que dispone para cambiar impresiones con los compañeros responsables. Se estudia la situación. Se analizan todos los pormenores de la acción. No hay detalle que escape a la visión de Fidel, que imparte minuciosamente las instrucciones precisas para garantizar el éxito de la audaz operación armada.

te, en forma sorpresiva, por el frente, el fondo y uno de los ángulos posteriores del cuartel.

Raúl Martínez Ararás, sería secundado por Antonio, *Nico* López Gerardo Pérez Puellas, Orlando Castro y Pedro Celestino Aguilera González, *Aguilerita*, como jefes inmediatos de los grupos que participarían.

↳ Ordenado el mando de la operación, Fidel y Raúl Martínez Ararás sincronizan sus relojes. El ataque a los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo se efectuaría, simultáneamente, a una misma hora: 5 y 15 de la mañana. La fecha: 26 de julio. ↵

Fidel se despide de sus compañeros y, después de hacerles las recomendaciones finales, abandonan el albergue. Pero aún dispone de tiempo para dar una vuelta por la histórica y vieja ciudad, en la que ya había estado antes. Observa con atención el ambiente. Le toma el pulso a la población. Y luego sale con destino a Santiago de Cuba. Va rumbo a la inmortalidad...

Los jóvenes comenzaron a pasearse, inquietos. En los alrededores del hospedaje habían visto a un guardajurado que, al parecer, estaba cuidando los materiales de una obra en construcción y varios propusieron cogerlo preso, en evitación de que se alarmara al verlos salir en grupo tan numeroso, disparara un tiro o los denunciara.

Existía una ventana rota a cierta altura y allí se encajó el más alto de todos, Nico López, para observar al hombre. Y cuando ya se aproximaba la hora de la salida, el hombre recogió sus cosas y se fue. Todos respiraron aliviados.

Se vivían momentos decisivos, de fuerte tensión. Se mostró a los combatientes un plano del cuartel fijado a la pared y se les explicó todos los pormenores del plan de ataque.

En la continuación de su relato. Sobre como transcurrieron los últimos momentos en el albergue, Ramiro Sánchez dice:

Las armas se las fueron entregando a cada cuatro compañeros, según las habitaciones que ocupábamos. Los cuartos eran chiquitos y en la mayoría había literas. Toda una banda del hospedaje daba a una calle y por esa calle se salía directamente al cuartel, que estaba a dos cuadras o dos cuadras y media de allí. A mí me entregaron un rifle calibre 22, además de la pistola que yo tenía, y como cuatro cajitas de balas y un uniforme, pero sin grados. Todos los compañeros se sentían exaltados ante la inminencia de la acción. Nadie pensaba que habría problemas. Todos estábamos convencidos de que íbamos a una cosa segura. Incluso dormí creo que unos quince o veinte minutos. Poco antes de la partida me despertaron.

Ya listos para partir rumbo al combate, el jefe de la operación, dirigió al grupo de 27 combatientes unas palabras relativamente breves:

Compañeros: la misión que se nos ha encomendado tenemos que cumplirla. Una acción igual que ésta se hará en Santiago de Cuba. Es por el triunfo. Nuestra acción se realiza fundamentalmente para evitar que las tropas del Regimiento de Holguín puedan pasar hacia Santiago de Cuba. ¡Adelante!

Y salieron... Iban a inscribir sus nombres en las páginas más puras y dignas de la historia de la Patria.

IX

El ataque

A la misma hora del Moncada –5 y 15 a.m.– sonaron los primeros tiros contra los muros del cuartel Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo.

Los combatientes encargados de la acción en la Ciudad Monumento, respondían lealmente a la consigna de honor. Sobre ellos diría luego Fidel que eran 27 de sus mejores hombres.

El ataque –narra el combatiente Antonio Dario López García– fue rápido. Éramos unos 26 ó 27 hombres. Nosotros atacamos por la parte donde estaba la caballería. Había unas cercas de alambres de púas que no nos dejaban movernos con facilidad. Había también miles de latas vacías por esa parte. Avanzábamos en el más absoluto silencio, protegidos por la aún oscura madrugada, pero ya cerca de nuestro objetivo, las latas nos denunciaron. Una posta, que vimos en la penumbra, nos dio el alto. Todas las escopetas y los calibre 22 le cayeron encima. Ahí mismo se formó la cosa. Se formó un corre corre de hombres y de caballos te-

janos dentro de aquel cuartel. Al instante había una ametralladora tirándonos. Parece que el que la manejaba era muy mal tirador, porque tenía una posición desde la que dominaba todos los accesos y no nos causaba bajas. Hicimos un nutrido fuego con nuestras armas, que por cierto eran demasiado ligeras. Conseguimos llegar hasta la segunda o tercera cerca. El tiroteo se intensificó y tuvo una duración de media hora. Los soldados, con mejores armamentos, mantenían un gran volumen de fuego en su defensa. Nosotros estábamos en nuestras posiciones, pero sin poder avanzar más por las dificultades de las cercas. Nos retiramos y tomamos por la calle para salir frente al cuartel. Las máquinas las habíamos dejado parqueadas afuera. El grupo que atacó por el frente no había podido franquear la entrada, por existir allí una pesada reja. Nos desplegamos en guerrillas Nico López, Calixto García, Armando Arencibia, dos compañeros más cuyos nombres no recuerdo, y yo. Nico se puso al volante, pero no sabía manejar y el carro avanzó dando saltos, hasta que una de las ruedas cayó en un hoyo y no pudo salir. Seguimos a pie, caminando con todas las precauciones que nos habían enseñado. Un grupo por una acera y el otro por otra mirando hacia las casas y edificios, con el arma lista. Realmente, habíamos perdido la ubicación del cuartel.

X

La retirada

Entre el rugir de las balas, el jefe principal de los grupos atacantes, Raúl Martínez Ararás, da la orden de la retirada. Montó en el auto que tenían parqueado, en compañía de Gerardo Pérez Puelles, Rolando Rodríguez y Ramiro Sánchez. Desconocedores del terreno, siguieron por un tramo de calle, conocido como prolongación de la calle General García, que no tenía salida y estaba cerrada por una cerca de alambre. Más allá estaba el campo y hacia allá se dirigieron, a pie, dejando abandonado el automóvil.

Mientras tanto, Mario Martínez Ararás, en vez de montar en el carro donde va su hermano y jefe, se hace cargo de la situación, cubriéndolos y pasando la orden de retirada a los restantes grupos. Esta acción noble y heroica le costaría la vida; horas después al quedar rezagado, es detenido y conducido al cuartel donde es vilmente asesinado.

XI

Dentro del cuartel

Como de costumbre –relata el exsoldado Dionisio Jorge García, torcedor de la fábrica de tabacos Mario Alarcón, que desempeñaba en el cuartel las funciones de Auxiliar de cocina– yo entré a trabajar ese día, que era domingo, a las cuatro de la madrugada. Lo primero que hice fue encender el fogón y poner a hervir agua para colar café. Cuando estaba en eso se apareció un guardia de apellido Navarro, que estaba de imaginaria, esto es, de posta, en la entrada de atrás del cuartel. Estando en la cocina fue sorprendido por el cabo de guardia, Indalecio Estrada, que lo requirió, diciéndole: “Anda, ocupa tu puesto, que este no es el puesto tuyo.” Los dos se fueron y luego Indalecio volvió, para ver si ya estaba el café. En eso se escuchó un disparo, diciendo Indalecio: “¡Ya se le escapó un tiro al cabrón ese!”, saliendo a ver lo que pasaba. Indalecio tenía la costumbre de sorprender a los escoltas que se dormían, con esta expresión, que ya era famosa en el cuartel: “¡Estás dormido, filibustero, ya te ví! ¡Entrégate, filibustero!” Pensé que en esos momentos le estaría voceando eso al escolta y seguí en mis trajines. Era la primera vez

que oía tiros en el cuartel –porque comenzaron a escucharse tiros– y como estaba lejos y aislado en la cocina y no se esperaba ningún ataque ni nada de eso, no le concedí importancia a lo que estaba pasando. Después que pasó el tiroteo, que duró unos diez o quince minutos, oí decir a los guardias que estaban durmiendo y que se despertaron por las detonaciones, que de unas pilas de leña que había sido decomisada y que estaban entre las dos cercas, salían unas llamas y que por eso se dieron cuenta que desde allí estaban tirando y que se trataba de un ataque. Yo creí eso del ataque cuando uno de los soldados me llevó una balita de plomo. También llegó a la cocina, con un brazo vendado, el soldado Navarro, que estaba de posta en la parte de atrás del cuartel. Él me dijo: “Negro dame café, que me han herido y me llevan para Santiago.” Al guardia que estaba de posta en la garita de la puerta de entrada de la parte delantera le oí decir que le habían hecho varios disparos desde la esquina del garage Vallejo. Y no hay dudas de que eso fue así, porque los dos guardias que salieron temprano para servir de escolta en el ferrocarril regresaron poco después del tiroteo y contaban que al pasar dicha esquina había allí varios hombres uniformados, que estimaron que eran militares y les dijeron: “¡Que pasa, compañeros!”, contestando los mismos el saludo.

La dotación del cuartel era de 45 hombres –continúa diciendo Dionisio Jorge–, pero casi siempre los que estaban allí de servicio eran 14 ó 15 y la madrugada de los hechos sólo habíamos doce, contando a los ocho guardias que estaban durmiendo, a los dos de posta y a Indalecio y a mí. Los restantes estaban durmiendo en sus casas o francos de servicios. Yo creo que a los muchachos les falló algo, por ejemplo, el factor sorpresa. También la falta de experiencia y el desconocimiento del lugar

y los hábitos y costumbres del cuartel. Figúrese usted que si ellos llegan a penetrar en el cuartel, cogen a los guardias durmiendo y luego pasan a la cocina y me dicen: "Danos un poco de café", yo se lo hubiera dado, creyendo que eran guardias, ya que a cada rato llegaban algunos nuevos o de paso.

Otro testigo de excepcional importancia que el día del ataque se encontraba dentro del cuartel y fue el militar que más directamente hizo frente al mismo, conociendo como ningún otro cómo se desarrollaron internamente los distintos aspectos del combate, es Indalecio Estrada. Retirado, por etapas se dedica a trabajos agrícolas en la Sierra Maestra y su vida discurre entre este lugar, Bayamo y Las Villas, de donde es nativo. Por estas circunstancias, a veces es difícil dar con él.

En esta ocasión se le localiza trabajando en una finca de Yao Arriba y respondiendo a un mensaje radial de la Comisión de Historia del Partido, baja para ser entrevistado por los periodistas. Hombre de buen humor y de hablar fácil, su relato se desarrolla de la manera siguiente:

Si, eso de ¡Filibustero, ríndete!, es cierto, y esa madrugada lo solté. Ya ustedes saben, cuando el sueño ese llega a esa hora, no hay quien lo aguante, y mi misión como cabo de guardia era recorrer las postas y que los hombres que las cubrían estuvieran despiertos, utilizando esa expresión para no tener que requerir a los compañeros, ni ganarme su antipatía. Cuando sonó el tiro y dije lo "otro" en la cocina, fui a ver lo que pasaba. Desde el establo vi que avanzaba un grupo de hombres, sin sombreros, con cintos blancos y uniformes amarillos, iguales que los que usaba el ejército. Yo creí que eran compañeros militares, pero como llegaban por la parte de atrás del cuartel, les grité: "¡Alto, quién va!", respondiéndome con una descarga, mientras decían: "¡Ríndete!" Valga que yo había echado rodillas en tierra, porque si no me la

pelan. Después yo vi los impactos y medí la altura. Si llego a estar parado, aquel puñadito de balas, porque era un puñadito así, me lo hubieran metido en la cabeza. Segurito, segurito que sí. Eran expertos tiradores esos muchachos. Yo estaba armado con una ametralladora *Thompson* de aquéllas que usaban balas calibre 45 y riposté la agresión desde la cabeza del establo, protegido por tablones de dos pulgadas. Tiré tres ráfagas. Salían así: raaass, de cinco en cinco y yo creía que aquello era un fenómeno. Luego fui y busqué otros magazines y disparé otra ráfaga, desde un jeep que estaba fuera del garaje, en un espacio que había entre éste y el establo. Los ocho guardias que estaban durmiendo se despertaron y también comenzaron a disparar desde las ventanas. Dos o tres de los asaltantes llegaron a cruzar la primera cerca, protegiéndose todos por unas grandes pilas de leña que allí había; pero ante el obstáculo de la segunda cerca y el fuego que les hacíamos y que iba a dar contra la leña aquella, se retiraron, y no disparamos más. Allí no hubo ningún asaltante muerto y fue el lugar por donde de verdad atacaron. En nuestras filas sólo tuvimos un muerto: mi caballo, un caballo que yo había comprado, un caballo del Ejército que yo había rematado, ¡Qué fenómeno! Entre los caballos que allí había, le tocó al mío, a mi caballito. Le dieron tres tiros. En cuanto a heridos, sólo tuvimos uno: el soldado Navarro, que estaba de posta en la puerta trasera, en la cerca. Este compañero me decía: “¡Hermano me han tumbado una alita!” y yo le decía: “¡Qué alita, ni alita! ¿Qué alita es ésa?” Y era que lo habían herido en un brazo. A este guardia lo llevaron para Santiago de Cuba y unos días después, al escuchar la explosión de un neumático, se asustó tanto que le dio un colapso y quedó muertecito, muertecito, ¡Qué fenómeno! No lo mataron las balas y lo mató un susto.

Según mis cálculos –dice Indalecio, contestando a una pregunta– aquello duraría unos diez o quince minutos. Aunque es muy difícil medir el tiempo en momentos como éstos. La cosa fue rápida. Yo dispararía unos treinta tiros y los guardias unos doscientos. Es la primera vez en mi vida que he disparado tanto. Y eso que durante muchos años pertencí al Equipo Nacional de Tiro, allá en Camagüey. Figúrese que la escolta que iba a prestar servicio en el ferrocarril estimó que se trataba de camiones descargando piedras, porque se escuchaba así: raaass, raaass... y vinieron a enterarse de lo del ataque cuando ya iban lejos, por la calle Martí, retornando entonces al cuartel.

Dígame, Indalecio: ¿Y en el cuartel todo estaba normal, tranquilo, no se esperaba nada...?

–Allá todo estaba tranquilo, normal, y no se sabía nada. Bueno, se esperaba un personal por Carenas. Pero en definitiva... Que no se esperaba nada lo demuestra el hecho de que casi todos los soldados estaban en sus casas o francos de servicios y en el cuartel solamente estaban guarnicionados ocho, además de los dos que estaban en las postas, el cocinero auxiliar y yo. Si los muchachos no llegaran a tirar y responden al alto, hubieran penetrado en el cuartel sin novedad y lo habrían tomado. Pero, como es natural, ellos no conocían cómo estaba la cosa adentro. Esto es todo lo que puedo decirle. Yo estuve de guardia hasta las seis de la mañana y después me mandaron para la estación de ómnibus La Cubana a registrar los vehículos, terminando mi servicio a las 12 del día.

XII

Otros hechos

Paralelamente con el ataque al cuartel y después de fracasado el mismo, se registraron otros hechos impactantes. Encontrándose de ronda, el sargento de la Policía Nacional, Gerónimo Suárez Camejo, tenía estacionado su jeep frente al café Vista Alegre, que amanecía y donde consumía algo para seguir adelante. Al sentir el tiroteo, el sargento Suárez Camejo, que estaba en funciones de jefe de la sección local policiaca, en ausencia del capitán Adolfo González –que luego fue dado de baja por no estar en su puesto y encontrarse *carnavaleando* en Santiago de Cuba– montó en el jeep y cogiendo la calle Martí se dirigió al cuartel, acompañado de un vigilante. Al llegar al parque San Juan recibió un certero disparo, muriendo instantáneamente, mientras que el vigilante que le servía de chofer abandonaba el vehículo y echaba a correr desesperadamente.

Sobre este episodio, el combatiente Antonio Darío López García, en la continuación de su relato, dice:

LLegamos a una bocacalle, yo me adelanté y observé los dos extremos de la calle. Vi una doble avenida con un paseo en el centro. En dirección

hacia donde estábamos nosotros venía un jeep de la policía con dos tripulantes: un sargento y un policía de gran estatura que iba manejando. Le avisé a Nico, que se adelantó y apostó con su calibre 12 de perdigones "mata elefantes". Donde hacía una rotonda el paseo, el sargento recibió un impacto de la escopeta de Nico. El policía se tiró a la calle y echó a correr delante del jeep que seguía en marcha. Al atravesar la bocacalle recuerdo que vi a un soldado con las manos en la cintura como si tratara de saber de dónde salían los tiros. Cuando éste oyó la descarga de la escopeta de Nico, echó a correr en dirección contraria. Avanzamos por el frente de las casas dando vivas a la Revolución y arengando a los vecinos. Recuerdo que decíamos: "¡Se cayó el dictador!" Al pasar de esta forma frente a una de las casas, una anciana oyó esta última exclamación y dijo: "¡Ay, mi madre, se cayó el dictador!"

Con anterioridad a estos sucesos y mientras se dirigía al cuartel, donde atendía las funciones de cocinero, el soldado Antonio T. Blanco Rodríguez, recibió un balazo en el cuello, que le salió por la boca, siendo auxiliado por Rafael Pérez Leyva, *Tamarit*, quien poco después, de paso por el lugar, presenció desde lejos la acción del parque San Juan y vio pasar cerca de él a un joven largo y flaco, de espeso bigote, con una escopeta de dos cañones, que gritaba vigorosamente: "¡Bayameses, que no se diga! ¡Cayó el hombre! ¡Cayó el dictador!"

En su narración sobre los hechos, Tamarit recuerda cómo el policía grandote que salió corriendo se metió desafortunadamente en la casa de Celso el Cochero, formando tremendo alboroto familiar a aquella hora tan temprana del día; y como, también, después que había pasado todo decía, nervioso: "¡Bueno, yo quedaré como un cobarde, pero salvé la vida!" Y así ocurrió. En el acto le dieron de baja del servicio, por cobardía.

Entre todos estos hechos extraordinarios que se regis-

traron como derivación de la acción del cuartel, el que se narra a continuación merece especial señalamiento.

¡Vamos a tumbar a la rata!

Mientras se efectuaba el ataque a la fortaleza militar, algunos de los asaltantes trataron de incorporar a la población civil a la lucha, ante el sesgo adverso que tomaban los acontecimientos. En la cafetera Calás, situada en la esquina de García y Santa Isabel, se encontraba expectante un grupo de ciudadanos, hacia los que avanzaron dos hombres uniformados, uno de ellos con galones de sargento, que los encañonaron con sus rifles 22, mientras decían: —¡Levántate, pueblo, que vamos a tumbar a la rata!

Algunos dijeron que tenían que buscar el pan y otro que tenía que llevar el perro a la casa. El momento, en realidad, era para presentar cualquier tipo de excusa, ante un llamamiento de aquella naturaleza, sin conocer quiénes lo hacían y si se trataba o no de una trampa. Sólo uno, Juancito Olazábal —del que ya se han ofrecido sus antecedentes revolucionarios—, los siguió, después de convencerse de que no se trataba de un engaño y que el asunto era serio. Entregaron a Olazábal una pistola 45 y los tres llegaron hasta la esquina del garaje Vallejo, donde se percataron de que aquello había terminado y el resto de los asaltantes se retiraban. Uno de los jóvenes dijo con amargura: “Esto ha fracasado, vámonos.” Y abandonaron el lugar, seguidos por Juancito, que momentos después les facilitaría la forma de escapar.

XIII

La orgía de sangre

Durante el ataque al cuartel los jóvenes revolucionarios sólo habían tenido una baja: Gerardo Pérez Puelles que logró escapar.

Por su parte, las fuerzas de la tiranía habían tenido dos bajas: el sargento de la policía Gerónimo Suárez Camejo, muerto, y el soldado Navarro, herido.

Pero desde su cubil en Columbia el monstruo de Kukine, indignado y furioso porque el ejército había tenido más bajas que los atacantes, dio la feroz orden —de la que fue portador el general Martín Díaz Tamayo— de matar diez prisioneros por cada soldado muerto en combate.

La orden se cumple en forma bárbara y cruel, siendo torturados y fríamente asesinados hombres inermes, indefensos, desarmados, a los que luego hacen aparecer como muertos en distintos combates.

La ciudadanía contempla espantada los horrendos crímenes y con su repudio sella, desde aquel mismo instante, la suerte del régimen sanguinario y opresor.

En Bayamo la orgía de sangre es dirigida por el teniente Juan A. Roselló Pando, jefe de la guarnición, que no estaba en el cuartel cuando el ataque y al que se ve convertido en una verdadera fiera, sobrecumpliendo la meta de

crimenes establecida, al ordenar la muerte de todos los prisioneros, trece en total, por coincidencia el número del escuadrón atacado.

Después de haber sido golpeado brutalmente en el cuartel, son asesinados Mario Martínez Ararás y José Testa Zaragoza, a uno de ellos lo habían detenido en un ómnibus de la ruta Rivas. Participa personalmente en el asesinato —al negarse a hacerlo otro militar— el teniente Roselló, exclamando al ultimar al primero: “¡Esto se hace así, cobardes!” Tres días se pasaría con el pantalón manchado de sangre, alardeando de su crimen.

Como muertos en un supuesto combate, en el lugar conocido por Ceja de Limones, cerca de Bayamo, aparecen los cadáveres de Luciano, *Papo*, González Camejo, Rafael Freyre Torres, Lázaro Hernández Arroyo y Pablo Agüero Guedes. En el lugar no había huellas de sangre y en todos los alrededores no se encontró ni un arma, ni una bala, ni un casquillo, según el valioso testimonio del compañero Rolando Avello Vidal, que actuó en el caso como fotógrafo del juez y los médicos forenses. La farsa no podía ser más cínica y burda.

Bien conocido es el caso —que supera a los más fantásticos cuentos creados por la mente enfebrecida de Edgar Allan Poe— del combatiente Andrés García Díaz, su hermano de crianza Hugo Camejo Valdés, que fuera el jefe de la heroica célula de Marianao, y Pedro Véliz Hernández.

Los tres lograron coger un ómnibus, en dirección a Manzanillo, con el propósito de llegar a Campechuela, donde tenían unos parientes. Un policía que iba en el ómnibus sospechó de ellos y al llegar a Manzanillo fueron detenidos. Después de ser golpeados salvajemente los trasladaron al cuartel de Bayamo, por órdenes del teniente Suárez y desde aquí el sargento de la Paz y el cabo Maceo los trasladaron en la madrugada del día 27 hasta el callejón de Sofía, cerca del poblado de Veguitas. Detuvieron el carro. Los golpearon con las culatas de los fusiles, los amarraron por el cuello con una soga y los arrastraron con el jeep para estrangularlos. Allí los dejaron por muertos.

Pero ocurriría algo extraordinario...

En el camino de Alto Cedro a Palma Soriano y en un lugar conocido por Barrancas, son lanzados a un pozo ciego, cerca del río Cauto, los cadáveres de Raúl de Aguiar Fernández, Armando del Valle López y Andrés Valdés Fuentes. Juntos habían salido de La Habana. Juntos habían combatido en Bayamo. Juntos estuvieron en la muerte... Sus asesinos fueron el sargento Montes de Oca, Jefe de Puesto del Cuartel de Miranda, el cabo Maceo y el teniente jefe de Alto Cedro.

Y completando la cifra "fatídica" (13): Rolando San Román y de la LLana y Angel Guerra Díaz, que desaparecieron sin que jamás se supiera de ellos.

El número 14 lo haría Pablo Cartas Rodríguez, que salió de La Habana junto con Nico López, combatió en el cuartel de Bayamo y, al parecer, logró escapar de aquí, pues su cadáver apareció en Santiago de Cuba, figurando como uno de los mártires del Moncada.

XIV

Rompiendo el cerco

Fracasado el asalto al cuartel, los combatientes, desconocedores del terreno, se dispersaron, sin saber qué rumbo coger. De los 27 combatientes que participaron en la acción, trece lograron salvarse, ayudados por la población civil de la ciudad y del campo, que los amparó y valientemente les proporcionó las facilidades para romper el cerco y escapar. Pero catorce fueron apresados y, como se ha relatado, se les asesinó despiadadamente, dirigiendo la matanza principal el jefe del escuadrón 13 de Bayamo, teniente Juan A. Roselló Pando.

Juancito Olazábal amparó a los dos jóvenes a los que se había unido para atacar al cuartel. Los condujo hasta un camión que estaba situado en la calle General Montero esquina a Martí, poniéndolos en manos del chofer del mismo, el joven José Collada Alonso, quien –según declaró tiempo después– no pudo llevarlos a Holguín, como le había indicado Olazábal, por falta de gasolina, llevándolos hasta el camino de la finca Sabana Nueva, donde los dejó, desconociendo la suerte que corrieron. Olazábal también amparó en su casa al combatiente Adalberto Ruanes, que se le franqueó al ver allí un retrato de Antonio Guiteras, diciéndole que habían operado desde el hospedaje Gran

Casino, propiedad de Juan Manuel, *Nene*, Martínez, padre de Juancito Olazábal. Ante esta revelación y por sus antecedentes guiteristas, Olazábal procedió a cambiarlo inmediatamente de lugar, sabiendo que allí todos corrían inminente peligro. Facilitó ropas a Ruanes, conduciéndolo, junto con su esposa Dorka Verdecia, para la casa de la madre de ésta, Idelisa Marena. Luego lo llevaron, para más seguridad, para la casa de Roque Vázquez, otro guiterista de la vieja guardia y de aquí para la casa de Dolores Tamayo, de donde lo sacaron para la finca Jabaco. Aquí pasó varios días, hasta que pudo ser enviado para La Habana, logrando salvarse. En esta operación de salvamento también tuvieron participación activa Quintín Carbonell, Luisito Jerez, el chofer Luis Garcés y otros miembros de la organización revolucionaria "Triple A".

Paralelamente con esta labor de salvamento, Juancito y su esposa Dorka realizaron otra no menos importante y riesgosa. Con la ayuda de dos muchachos, Denis, de once años, hermanos de Dorka, y Rey Fernández, fueron al hospedaje Gran Casino y ya con el ejército tocando violentamente en la puerta, lograron sacar, en dos maletas por el fondo, toda la ropa de civil y los documentos comprometedores que allí habían dejado los asaltantes, tales como carteras dactilares, carnés, una tarjeta de ventas a plazos de El Encanto, de La Habana, a nombre de Antonio López Fernández, *Nico*, y una relación con los nombres y las direcciones de los asaltantes, sobre la que Ruanes había dicho a Olazábal que la hicieron antes de entrar en combate, por si alguno moría.

Juancito Olazábal fue detenido el 29 de julio; pero todos los documentos los hizo desaparecer en una letrina su cuñado Rodolfo Fidalgo. A su padre, Juan Manuel, *Nene*, Martínez, lo detuvieron el mismo día 26, como se ha dicho, y guardó prisión en la cárcel de Boniato, en la misma celda que ocupaba Raúl Castro. La última vez que hablamos con él, unos meses antes de morir, aquejado por grave enfermedad, casi sin poder articular palabra, se empe-

ñaba en preguntar: “¿Y el grande? ¿Y el segundo? (Fidel y Raúl.)

Todavía envueltos en el humo de la pólvora del combate, Pedro Celestino Aguilera, Agustín Díaz Cartaya, autor de la Marcha del 26 de Julio y otro combatiente, penetraron en una de las casas inmediatas al cuartel, donde el ciudadano José Desiderio, *Pepito*, Corona Fernández los atendió y les facilitó ropas para que se cambiaran. Lograron ganar la Estación del Ferrocarril y por tren se trasladaron a Santiago de Cuba, como si estuvieran en plan de fiesta por los carnavales. Aunque luego fueron detenidos, salvaron sus vidas.

Corona y sus familiares lanzaron a los tragantes de las calles 200 balas calibre 22 y como 15 cartuchos de escopetas de caza que habían dejado los asaltantes que protegieron. Los uniformes los picaron en pequeños cuadritos, como si fueran confetis, los echaron en unas latas, les sembraron encima unas palmitas de adorno y las enviaron para una finca cercana, donde las sembraron. “Los nervios—comenta ahora Corona— obligan a uno a hacer cosas increíbles.” Corona fue detenido por la tarde y en su casa registraron hasta las botellas. También detuvieron a su vecino el juez doctor Ortega. “Aquella gente no respetaba nada”, afirma Corona, añadiendo: “¡Ah, oigan esto! La camisa que yo traía y en la cual tenía dos plumas fuentes de oro fue la que se puso Aguilera y su padre me las devolvió como a los tres o cuatro años.”

El heroico revolucionario Vicente Quesada O’Connor—que luego sería vilmente asesinado, junto con ocho compañeros, en la masacre que tuvo lugar en Bayamo en la madrugada del 21 de octubre de 1957— fue otro de los hombres que se movilizaron para salvar a los supervivientes, rescatando a dos, que escondió en su casa, trasladándolos luego para la finca que en Cauto Cristo tenía el padre del también heroico revolucionario Delio Gómez Ochoa, quien sobre este hecho entregó un testimonio en la Comisión de Historia del Partido en Bayamo.

Sobre el hecho extraordinario que señaláramos había ocurrido en la horrible matanza del callejón de Sofía, cerca de Veguitas, fue el siguiente: de los tres asaltantes que habían dejado por muertos, uno estaba vivo: Andrés García Díaz. Terrible fue su despertar, al ver muertos a sus compañeros de lucha, a Hugo, su hermano de crianza. Arrastrándose logró apartarse del camino. En una lechería le dieron un vaso de leche, con miseria de los trabajadores que estaban allí. Y de nuevo rumbo al monte, dando tumbos, cayéndose, levatándose, siempre tratando de alejarse de aquellos lugares que no conocía y por donde tenía conciencia de que lo andarían buscando, al darse cuenta de la falta del “tercer cadáver...”

En su casa de La Troyada, en La Sal, un poco más allá de Veguitas, el campesino Bernardo Amaya López seguía con la mayor atención, por la radio, el curso de los acontecimientos. Sabía que a los asaltantes que habían escapado los andaban buscando para matarlos. Y dijo a su esposa Bélgica González, *Bélica*: “Si yo encuentro a uno de esos muchachos, lo voy a ayudar.” Y con ese pensamiento, que lo obsecaba, y sabiendo que por allí andaban buscando a uno, salió por los alrededores, hasta que dio, por casualidad, en un matorral, con Andrés García Díaz, al que hoy por aquella zona, donde lo quieren mucho, le dicen –y con razón– “El muerto vivo.” Casi llevándolo en andas, por las deplorables condiciones en que se encontraba, lo condujo hasta un cañaveral cercano a su casa, donde lo escondieron, él y su esposa. Allí lo atendieron, lo curaron y lo alimentaron, hasta que consiguieron ponerlo en manos del militante ortodoxo Nico Verdecia, quien luego se alzaría en el llano y alcanzaría el grado de teniente. Nico lo llevó para un lugar más seguro, terminó de curarlo y luego lo puso bajo la protección del arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Pérez Serantes, que lo presentó a las autoridades, salvando su vida. El testimonio de Andrés García Díaz en el juicio por los sucesos del Moncada y Bayamo –que sirvió a Fidel para una de sus más dramáticas denuncias– causó conmoción y escalofríos y puso al des-

cubierto, en su fase más horrible y tremenda, los barbaros crímenes cometidos por los sicarios de la tiranía.

Raúl de Aguiar Fernández, Armando del Valle López y Andrés Valdés Fuentes, lograron llegar hasta la zona de Birán, donde fueron amparados por los familiares de Fidel y buena gente campesina de la zona. Allí estuvieron, bien cuidados, varios días. Pero, contra los consejos que les dieron, se empeñaron en trasladarse a La Habana, estimando que ya el peligro mayor había pasado. No era así, desgraciadamente. Los perros de presa estaban al acecho. Aguiar Fernández y Valdés Fuentes fueron detenidos en Alto Cedro. A del Valle López lo detuvieron en Cacocum. Ya se sabe la horrible suerte que corrieron. Pero la leal ayuda campesina estuvo al lado de ellos. El pueblo que ellos esperaban se les uniría de haber triunfado, estuvo junto a ellos en los momentos de la adversidad y la desgracia, lo que tenía un mayor mérito.

Sigue la ayuda campesina

En la mañana del mismo 26 de Julio, el grupo integrado por Raúl Martínez Ararás, Gerardo Pérez Puelles, Rolando Rodríguez y Ramiro Sánchez, llegaron hasta la casa del campesino Fernando Viñas Batista, en el lugar conocido por El Almirante, cerca de Bayamo. Viñas hace más de cincuenta años que vive en el mismo lugar. En la entrevista que le hicimos sobre este hecho nos narró lo siguiente:

Aquel día, bien tempranito, todavía oscurito, se aparecieron en mi casa cuatro hombres. El que parecía ser el cabeza de grupo coge y me dice: “¿Quién es el dueño aquí...? ¿Usted? Acabamos de tener un encuentro con la Guardia Rural y tenemos un compañero herido y queremos que usted lo cure.” ¿Qué le parece, eh? ¿Qué noticia esa al comenzar el día! ¿Eh? En el acto llamé a mi mujer... Estilita Pardo se llama ella... y le dije: “Mujer, levántate, que tenemos visita.” Con los recursos

caseros que teníamos a mano, mercurocromo y eso, mi mujer curó al herido, que se levantó el pantalón y tenía un muslo así de grueso. Era fuerte y robusto el muchacho aquél y no se quejaba. ¡Qué hombres, caray! Les dimos desayuno, café con leche, y eso. Y luego les dije: “Bueno, vamos a hablar.” Y los llevé afuera, debajo de las matas, lejos de la casa, porque hay cosas que sólo los hombres deben saber. Allí me lo contaron todo, todo. Raúl Martínez Ararás me preguntó:

“¿Usted conoce a Flio Rosette?”

“No lo conozco”, le contesté. “El vive en la calle Piedra número... Es la única persona que en Bayamo sabe a lo que hemos venido aquí. Dígale que quiero que me mande cuatro mudas de ropa, una jeringuilla, penicilina y suero antitetánico.” Yo fui a Bayamo. Ya en la estación de ómnibus La Cubana el ejército estaba registrando. Los soldados estaban hechos unos bandoleros, con la camisa abierta y las mangas arremangadas. Llegué a la casa de Rosette y salió una criada y me dijo que estaba durmiendo. Le dije que cuando se levantara que le dijera que tenía un recado urgente para él. Volví otra vez, como a las dos horas, dándole tiempo, y entonces la criada me dijo que había salido para Veguitas con su mujer. Volví otra vez, más tarde, y nada. Regresé a la casa y la mujer me formó tremenda bronca por lo que me había demorado. Le conté a Raúl lo que había pasado y él dijo: “¡Se *ablandó* el hombre!”

Yo me había enterado en Bayamo que había patrullas del ejército siguiendo a la gente y que más o menos sabían por dónde había cogido la gente

¹ Era el individuo que tenía que acompañar a Martínez Ararás para penetrar en el Cuartel con una estratagema, por la puerta principal, haciendo variar el plan original de ataque al no acudir a la cita. Luego fue uno de los fundadores del M-26-7 en Bayamo y posteriormente al triunfo de la Revolución desertó de ésta y abandonó el país.

que estaba en mi casa. Le dije a Raúl: "La pista de ustedes ya está cogida. Esta misma noche tengo que sacarlos de aquí." Les di ropa para los cuatro. Guayaberas, pantalones, camisas. La verdad es que me quedé sin ropa. Uno de ellos, creo que el que se llamaba Gerardo, me regaló un revólver 38 de cañón largo y yo le dije: "¡Compay, usted no sabe cuánto yo le agradezco esto!" Por la noche los saqué para la finca de Abelardo Boada, la finca San Antonio, por la carretera de Bayamo a Manzanillo. Yo les aconsejé que cogieran por la zona de Manzanillo, que era la más sana; que no caminaran por la carretera y que lo hicieran de noche. Raúl me pidió que le escribiera a su madre, Rosaura Ararás, que vivía en la calle Aguacate número... número... no recuerdo... y que le dijera que los cuatro estaban bien. Yo le escribí, le dije que los había atendido y todo, y no firmé la carta, porque sabía que las cartas las estaban abriendo en el correo. Y no los vi más. Como a los treinta días, un morenito llamado Marino Tornés, de una familia que le decían "Los Panchos" y que hacía unos días cada vez que me veía se sonreía y yo pensaba: "¿Y a éste que le pasará?", llegó y me dijo: "La gente que usted tuvo aquí yo la estoy atendiendo. Les he dado medicinas y de todo. El dueño de la finca, Boada, al enterarse del asunto, dio órdenes al mayoral de que les diera comida, que no les cobrara nada y que cuidadito con hablar algo. Todos estos días han estado durmiendo en el monte, tirados en la tierra, y están tostados por el sol. Si usted los ve no los conoce. Quieren hablar con usted. Ya se van y quieren que usted los oriente." Yo tenía en mi casa una visita *grande*, no podía moverme y le pedí que les dijera que al otro día bien temprano los vería. Fui, como había prometido. Pero no estaban. Me cansé de buscarlos. Se habían ido. Yo quedé muy preocupado.

Es conveniente señalar –y esto es fácil comprenderlo por la forma de su relato– que Viñas es un campesino capacitado. Cuando fue recogido su testimonio, pertenecía al Consejo de Dirección de la Base Campesina correspondiente, era Delegado del Poder Local y miembro muy activo de los CDR.

Este grupo, después de tratar de establecer contacto, inútilmente, con gente de Manzanillo emparentada con Raúl Martínez Ararás, a través de Marino, salieron de la finca de Boada con rumbo norte y después de caminar como cuatro días, al amanecer contactaron con una familia campesina que los atendió muy bien. Se bañaron. Les mataron un puerco y guardaron el sobrante en pomas para que tuvieran comida para el camino. Por la noche salieron de aquella acogedora casa campesina, acompañados por la hija jovencita de uno de los campesinos y un joven como de veinte años. Cuando llegaron casi al cruce de una carretera (debe ser la de Bayamo a Río Cauto), el muchacho les dijo: “Bueno, de aquí para adelante ustedes pueden ir solos.” Caminaron durante toda la noche, tomando muchas precauciones. Se acostaron en el portal de una casa aparentemente deshabitada, cerca de una línea de ferrocarril. Como a las cuatro o las cinco de la mañana se apareció un campesino que les preguntó que qué deseaban.

Se lo explicamos todo –narra Ramiro Sánchez– y aquel campesino, que se llamaba Tomás Corona, nos atendió en su hogar, donde no solamente recibimos su ayuda, sino también la de su mujer y la de todos sus hijos, hasta los más chiquiticos. Allí estuvimos como tres días, hasta que Corona consiguió caballos y nos pasó por el río, por un lugar que se llama Cauto del Paso, en una chalana. Después de eso caminamos varios kilómetros a caballo, buscando a Puerto Padre, donde vivían unos parientes de Gerardo...

Después de una tremenda odisea y de haber encontra-

do a los familiares que buscaban, que no los recibieron bien y que querían que se entregaran —lo que no hicieron—, los integrantes del grupo, unos por un lado y otros por otro, lograron salvarse, en definitiva.

Finalmente, Antonio, *Ñico*, López Fernández, Calixto García y Antonio Darío López, también lograron salvarse y llegaron sin novedad a La Habana, en ómnibus, gracias a la valiente y leal ayuda que les prestaron el campesino Willian Rodríguez y otros compañeros, en la zona de Santa María, a unos diez kilómetros de Bayamo, a los que dejaron como recuerdo unas bolitas rojas y una promesa: “¡Volveremos!” Y cumpliendo su palabra de revolucionarios honestos, volvieron los tres en el “Granma”. El audaz y heroico *Ñico* López murió asesinado después del revés de Alegría de Pío.

XV

Los mineros de Charco Redondo

La incorporación de un fuerte núcleo de mineros de Charco Redondo al Movimiento Revolucionario liderado por Fidel y la participación decisiva que iban a tener en los planes estratégicos de la insurrección armada del 26 de julio de 1953, es un episodio histórico poco conocido.

Se tiene, hasta ahora, la valiosa versión del combatiente Pedro Celestino Aguilera. Y es natural: era el hombre clave de la Operación Charco Redondo.

Aguilerita ejercía como odontólogo en Palma Soriano —donde residía— y en las Minas de Charco Redondo. Esto le permitió, en forma selectiva, nuclear al Movimiento Revolucionario —que después sería el glorioso 26 de Julio— a un gran grupo de mineros. Ya estaban listos los hombres. Y ya estaba preparada la dinamita que se iba a utilizar para volar los puentes sobre el río Cauto, Cauto Cristo, y sobre el río Bayamo, para impedir el paso hacia Santiago de Cuba y Bayamo de refuerzos militares de Holguín y Manzanillo. Sólo necesitaban el aviso para entrar en acción.

Cuando Fidel viaja a Oriente en abril de 1953, en unión de Ernesto Tizol —el hombre del negocio avícola que serviría de pantalla a la organización de la operación armada—

y de Raúl Martínez Ararás, visita Palma Soriano, donde se reúne, entre otros revolucionarios, con Nito Ortega, luego combatiente y mártir del Moncada, y el doctor Pedro Celestino Aguilera González, que ya se habían entrevistado con él en La Habana.

Fidel está perfilando la insurrección armada. Madura, sobre el terreno, sus planes. En esta tarea, que es vital a sus proyectos, se traslada, junto con sus compañeros, a las Minas de Charco Redondo. Aquí se interesa vivamente sobre los distintos aspectos del duro trabajo de la minería, de la extracción de manganeso, las condiciones de vida de los obreros y los problemas que confrontan y los afectan.

A partir de esta visita histórica, Charco Redondo, por su cercanía con Bayamo, y sus mineros y la dinamita que se utilizaba en las minas en grandes cantidades, jugarían un papel importante, de primera categoría, en los planes estratégicos de la insurrección armada que se gestaba. En esta misión Fidel también visita la Ciudad Monumento, estudiando minuciosamente todas las vías de comunicación.

De haber sido tomado el cuartel de Bayamo, los mineros de Charco Redondo, con los cartuchos de dinamita en ristre primero y con los fusiles después, habrían entrado triunfalmente en la cuna de la libertad, para escribir una de las páginas más hermosas y heroicas de la historia de la Patria.

XVI

La célula de Marianao

En el ataque al cuartel de Bayamo, fue la célula de Marianao la más castigada, la más diezmada, la que mayor número de mártires aportó a la Patria.

Del comando de doce hombres que salió del barrio de Coco Solo en la madrugada del 25 de julio de 1953 con destino a la Ciudad Monumento, nueve ofrendaron sus vidas. Nueve de los catorce hombres que fueron vilmente asesinados: la tercera parte de los 27 combatientes que participaron en la acción.

Solamente lograron sobrevivir: Andrés García Díaz, Enrique Cámara Pérez y Agustín Díaz Cartaya.

Los muertos –muertos gloriosos de la Patria, que vivirán eternamente en el corazón del pueblo– fueron: el jefe de la célula, Hugo Camejo Valdés, Pedro Véliz Hernández, José Testa Zaragoza, Rolando San Román y de la LLana, Pablo Agüero Guedes, Luciano González Camejo, Angel Guerra Díaz. Lázaro Hernández Arroyo y Rafael Freyre Torres.

Célula heroica, fragua de bravos que iluminan el camino de la lucha, el futuro esplendoroso de la Patria.

XVII

Amanecer de victoria

El ataque a los cuarteles Moncada, de Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, no obstante sus resultados adversos debido al fallo del factor sorpresa y otros imponderables, representó una indiscutible victoria moral y psicológica –y en cierta forma hasta militar– para las escasas fuerzas revolucionarias comandadas por el joven abogado y dirigente político Fidel Castro Ruz, que lograron infligir serios descalabros al enemigo, superior en armas y número y que se batió al amparo de los muros de sus fortalezas.

La audacia y el heroísmo que desplegaron los jóvenes atacantes anonadaron al adversario, generaron un espíritu de combate indomable y despertaron la admiración, el respeto, el respaldo y la confianza del pueblo, que vio con claridad cuál era el único medio correcto de la lucha contra la tiranía: la acción armada.

A partir de aquel histórico momento se vertebraría la resistencia popular y los verdugos que mancillaban a la Patria, miserables traidores vendidos al voraz imperialismo yanqui y a los más reaccionarios intereses de la oligarquía nativa, no tendrían un momento de tranquilidad, ni de tregua.

Conscientes de lo que esta victoria representaba, el tirano Batista y sus secuaces y personeros, dirigieron su acción hacia el logro de dos objetivos inmediatos. El primero: borrar –y borrar con sangre– lo que consideraban *era una vergüenza y un deshonor para el Ejército: haber tenido en el combate tres veces más baja que los atacantes*, por lo cual era necesario –bestial y sanguinario procedimiento– *matar diez prisioneros por cada soldado muerto*. Y segundo: demostrar por todos los medios que el pueblo no había secundado el movimiento revolucionario.

El general Martín Díaz Tamayo fue portador de la feroz orden, y pronto las tierras orientales fueron escenario de los más horribles crímenes y la más despiadada represión de que hasta entonces se tenía memoria.

En medio de esta violenta ola de sangre y terror, los orientales se movilizaron para salvar las vidas de los atacantes que habían quedado dispersos, escondiéndolos en sus casas y en lugares seguros y ayudándolos a escapar –como ha quedado bien demostrado– solidarizándose así con su justa causa y dando un rotundo mentís al despótico régimen.

Frente a las infames mentiras, Fidel diría: “No saben cuanto ofenden con ello a los bravos orientales.” Y ratificaría su confianza en los habitantes de la región indómita, diciendo que aquí “cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire”.

En esta forma, el hecho se enlazaba a las más firmes raíces patrióticas y surgía como una continuación de las luchas independentistas, con José Martí en el papel de autor intelectual, mientras sus forjadores se consagrarían como la gloriosa Generación del Centenario, que en el amanecer de victoria del primero de enero de 1959, convertirían en realidad los sueños de nuestros mayores: contar con una Patria verdaderamente libre y soberana.

Los mártires de Bayamo, fichas biográficas

HUGO CAMEJO VALDÉS. Nació el 1 de mayo de 1918 en Caimito de Guayabal. Obrero de la construcción. Or-

todoxo. Fundador del Movimiento Revolucionario en Marianao y jefe de la combativa célula de Coco Solo. Murió asesinado en el camino de Sofía, Veguitas, Oriente, el 27 de julio de 1953.

PEDRO VÉLIZ HERNÁNDEZ. Nació en Marianao el 13 de mayo de 1931. Albañil. Ortodoxo. Miembro del Movimiento Revolucionario célula de Coco Solo, Marianao. Fue asesinado junto con Hugo Camejo en el camino de Sofía, el 27 de julio de 1953. Fueron horriblemente golpeados y estrangulados.

MARIO MARTÍNEZ ARARÁS. Nació en Colón el 17 de agosto de 1924. Matanzas. Estudiante. Deportista. Ortodoxo. Fundador del Movimiento Revolucionario de Fidel. Cubrió la retirada de sus compañeros en el ataque al cuartel de Bayamo, donde fue asesinado el 26 de julio de 1953.

JOSÉ TESTA ZARAGOZA. Nació en Marianao el 15 de abril de 1924. Obrero azucarero y jardinero. Miembro de la célula revolucionaria de Coco Solo, Marianao. Fue asesinado en el cuartel de Bayamo por el teniente Roselló el 26 de julio de 1953.

RAFAEL FREYRE TORRES. Nació en el Central Santa Lucía el 25 de febrero de 1931. Municipio de Gibara, Oriente. Ortodoxo. Militante de la célula de Coco Solo, Marianao. Asesinado, su cadáver apareció en Ceja de Limones, cerca de Bayamo, el 28 de julio de 1953.

LUCIANO GONZÁLEZ CAMEJO. Nació el 18 de diciembre de 1913 en Caimito de Guayabal. Azucarero. Militante del Partido Socialista Popular. Luchador antimachadista, sufrió prisión en el Castillo del Príncipe, en La Habana. Miembro de la célula de Coco Solo. Fue asesinado en Ceja de Limones el 28 de julio de 1953.

LÁZARO HERNÁNDEZ ARROYO. Nació el 17 de diciembre de 1934 en la ciudad de Pinar del Río. Albañil. Militante de la Juventud Ortodoxa. Miembro de la histórica célula de Coco Solo. Asesinado, su cadáver apareció en Ceja de Limones, cerca de Bayamo, el 28 de julio de 1953.

PABLO AGÜERO GUEDES. Nació en Caibarién, Las Villas, el 9 de agosto de 1935. Obrero de la construcción. Apasionado admirador del proceso revolucionario de la Unión Soviética. Miembro de la célula de Coco Solo. Fue asesinado y su cadáver apareció en Ceja de Limones el 28 de julio de 1953.

ROLANDO SAN ROMÁN Y DE LA LLANA. Nació en Marianao el 1 de julio de 1929. Obrero de la construcción. Militante de la Juventud Ortodoxa. Miembro de la célula de Coco Solo. Después del ataque al cuartel de Bayamo desapareció sin que jamás se supiera de él.

ÁNGEL GUERRA DÍAZ. Nació en Bauta, provincia de la Habana, el 1 de marzo de 1931. Chapistero y jardinero. Militante de la Juventud Ortodoxa. Miembro de la célula revolucionaria de Coco Solo. Después del ataque al cuartel de la Ciudad Monumento desapareció desconociéndose su destino.

RAÚL DE AGUIAR FERNÁNDEZ. Nació en La Habana el 18 de septiembre de 1922. Estudiante. Ortodoxo. Militante fundador del Movimiento Revolucionario de Fidel. Escapó después del ataque a Bayamo. Detenido en Alto Cedro fue asesinado, lanzándose su cadáver a un pozo ciego en Barrancas, cerca del río Cauto, entre Alto Cedro y Palma Soriano.

ARMANDO DEL VALLE LÓPEZ. Nació en el Vedado Habana, el 27 de octubre de 1929. Ebanista. Activo militante del Movimiento Revolucionario liderado por Fidel.

Logró escapar después del ataque a Bayamo. Detenido en Cacocum fue asesinado, lanzándose su cadáver a un pozo ciego, en Barrancas, cerca del río Cauto, entre Alto Cedro y Palma Soriano.

ANDRÉS VALDÉS FUENTES. Nació el 24 de febrero de 1929 en la ciudad de Pinar del Río. Panadero. Estudiante. Miembro de la Asociación de Amistad Cubano-Soviética. Fundador del Movimiento Revolucionario de Fidel. Escapó de Bayamo y detenido en Alto Cedro fue asesinado, lanzándose su cadáver a un pozo ciego, entre Alto Cedro y Palma Soriano.

PABLO CARTAS RODRIGUEZ. Nació en la ciudad de La Habana el 17 de mayo de 1931. Militante de la Juventud Ortodoxa. Amigo de Fidel Y Nico López, junto con el que se trasladó a Bayamo. Participó en el ataque al cuartel y logró escapar, al parecer, trasladándose a Santiago de Cuba, donde fue asesinado, su cadáver apareció como uno de los mártires del Moncada.

¡Gloria eterna a sus memorias!

Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos; viven hoy más que nunca y sus matadores han de ver aterrizados como surge de sus cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas. Que hable por mí el Apóstol: "Hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos y es el amor infinito a la Patria y a la gloria que se mira sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra."

*...Cuando se muere
En los brazos de la patria agradecida
La muerte acaba, la prisión se rompe;
¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
I. Antecedente	10
II. La víspera	16
III. Entre veras y bromas	20
IV. La estrategia	22
V. Las armas	26
VI. La llegada de Fidel a Bayamo	28
VII. La variación del Plan	30
VIII. Tensión en el campamento	32
IX. El ataque	35
X. La retirada	37
XI. Dentro del cuartel	38
XII. Otros hechos	43
XIII. La orgía de sangre	46
XIV. Rompiendo el cerco	49
XV. Los mineros de Charco Redondo	58
XVI. La célula de Marianao	60
XVII. Amanecer de Victoria	61
Los mártires de Bayamo, fichas biográficas	62
XVIII. Laminario	68
	67

XVIII LAMINARIO

Foto # 1

Renato Guitart, organizó la operación de Bayamo, por instrucciones de Fidel.

Foto # 2

Abel Santamaría, estuvo en Bayamo en varias ocasiones con Renato Guitart y juntos sacaron fotografías y los planos del cuartel.

Foto # 3

Amparandose en el negocio de cría de pollos, Guitart alquiló el hospedaje Gran Casino para que sus compañeros se hospedaran hasta el momento del ataque al cuartel.

Foto # 4

Foto del cuartel Carlos Manuel de Céspedes, en la que se puede apreciar la entrada, el portón de hierro y los garitos frontales.

Foto # 5

El heroico Antonio, *Nico*, López, segundo jefe de acción de Bayamo.

Foto # 6 y 7

Mario Martínez Ararás y José Testa Zaragoza, asesinados en el cuartel de Bayamo.

Foto # 8 y 9

Hugo Camejo Valdés y Pedro Véliz, estrangulados en el camino de Sofía cerca de Veguitas, lugar donde aparecieron sus cadáveres.

Fotos # 10 a 13

Luciano González Camejo, Rafael Freyre Torres, Lázaro Hernández Arroyo y Pablo Agüero Guedes, fueron asesinados, sus cadáveres aparecieron en los potreros de Ceja de Limones, cerca de Bayamo.

Fotos # 14 a 16

Ruúl Rogelio de Aguiar Fernández, Armando del Valle López y Andrés Valdés Fuentes, asesinados y arrojados sus cadáveres a un pozo ciego cerca del río Cauto, en el lugar conocido por Barrancas

Fotos # 17 y 18

Rolando San Román y de la Llana y Ángel Guerra Díaz, fueron asesinados y desaparecidos sus cadáveres.

Foto # 19

Almanaque de la casa de Renato Guitart, donde éste había marcado la fecha de las inmortales acciones.

Foto # 20

Jacinto Olazábal, se incorporo para combatir y luego se dedicó a salvar combatientes.

Foto # 21

Rolando Avello Vidal, fotógrafo del juez y los forenses, que actuaron en el caso, afirmó "en aquel potrero de Ceja de Limones, estaban regados los muchachos, uno por aquí y otro por allá. No había huellas de sangre, ni armas, ni balas, ni casquillos, ni nada que indicara que allí había tenido lugar un combate".

Foto # 22

Fernando Viñas Batista, amparó en su casa de El Almirante al Jefe de la acción de Bayamo y tres combatientes más, los que lograron, después de muchas peripecias, salvar la vida.

Foto # 23

Jose Desiderio Corona Fernández, vivia cerca del cuartel, fue el primero en prestar ayuda a tres combatientes, facilitándoles ropas e hizo desaparecer las balas y los uniformes que le dejaron.

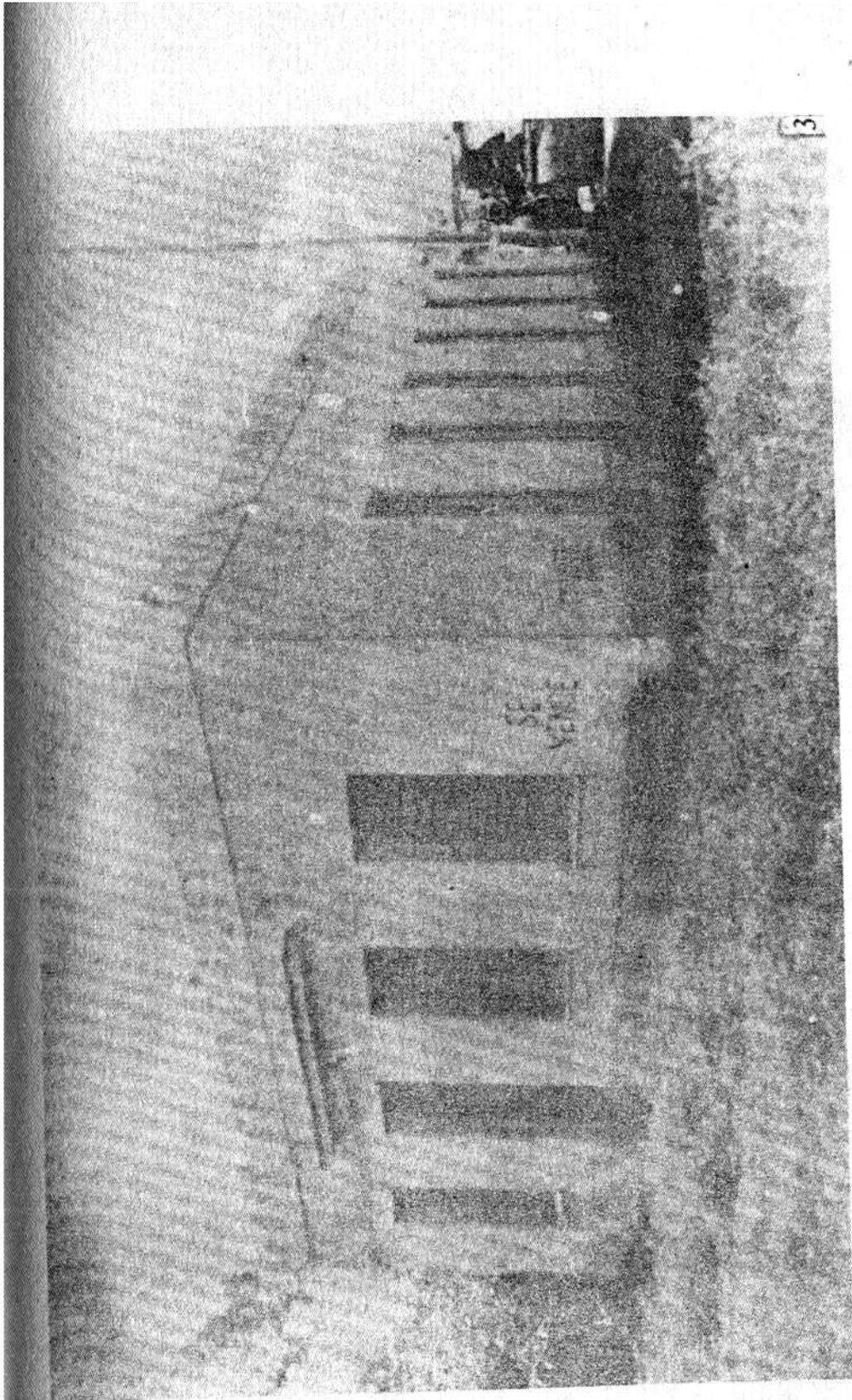
Foto # 24

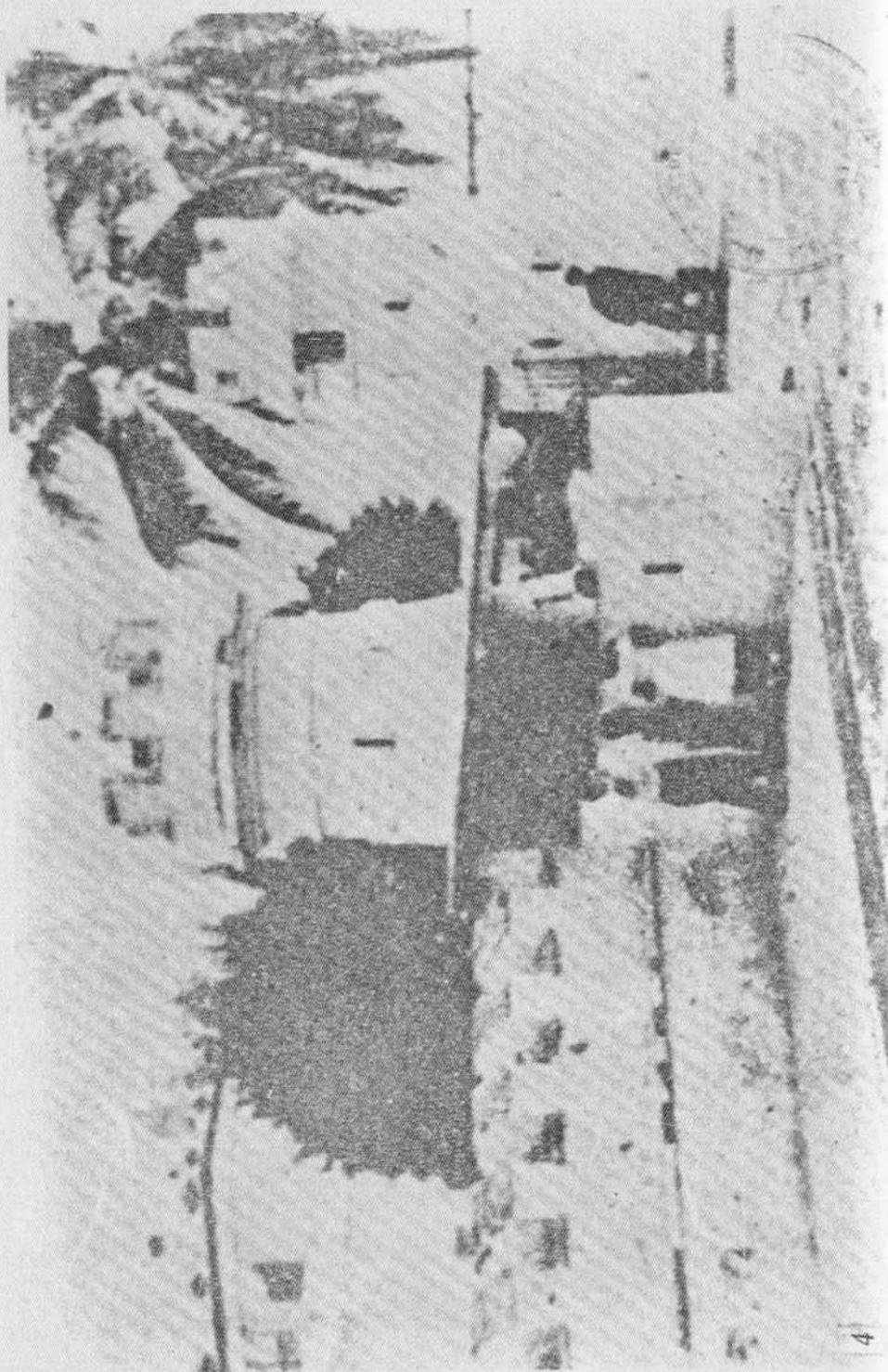
Vicente Quesada O'Connor, quien fuera asesinado en la masacre del 21 de octubre de 1957, salvó a dos de los combatientes escondiéndolos en su casa y trasladándolos luego a la finca de su padre en Cauto Cristo.

Foto # 25

Esquema del ataque al cuartel Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo el 26 de julio de 1953.







4









8

78





10

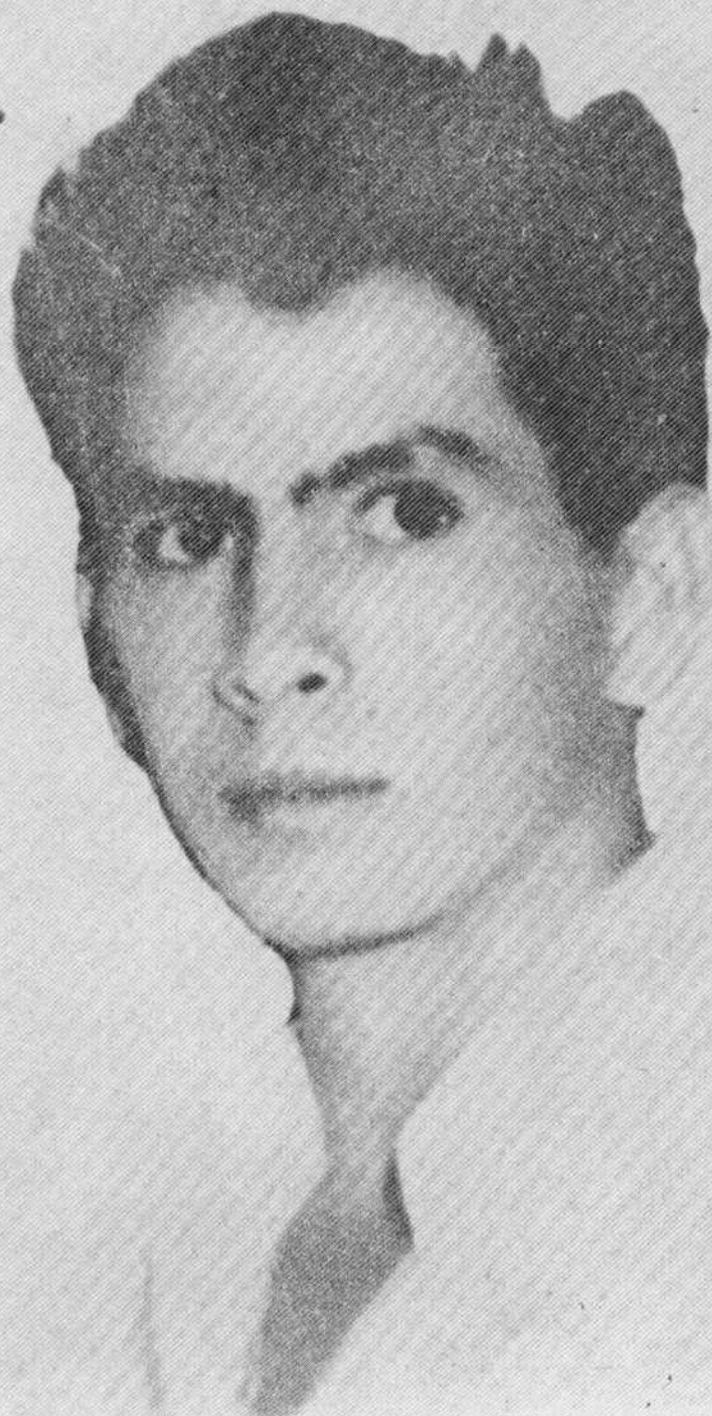
80



1



12



13

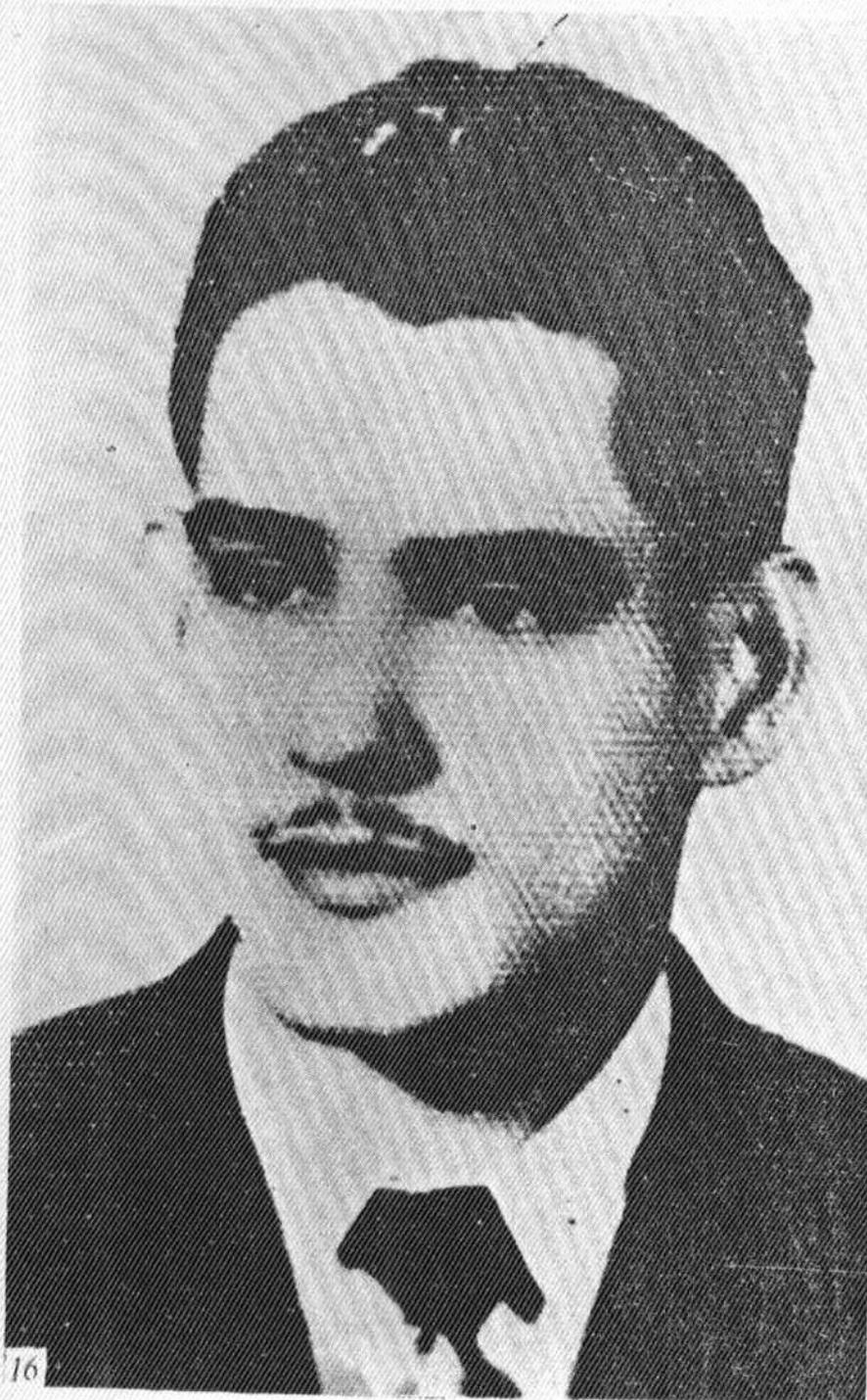


14

84



15



16





18

1953

JULIO

1953

DOM	LUN	MAR	MIE	JUE	VIE	SAB
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

1953	JUNIO						1953
DOM	LUN	MAR	MIE	JUE	VIE	SAB	
	1	2	3	4	5	6	
7	8	9	10	11	12	13	
14	15	16	17	18	19	20	
21	22	23	24	25	26	27	
28	29	30					

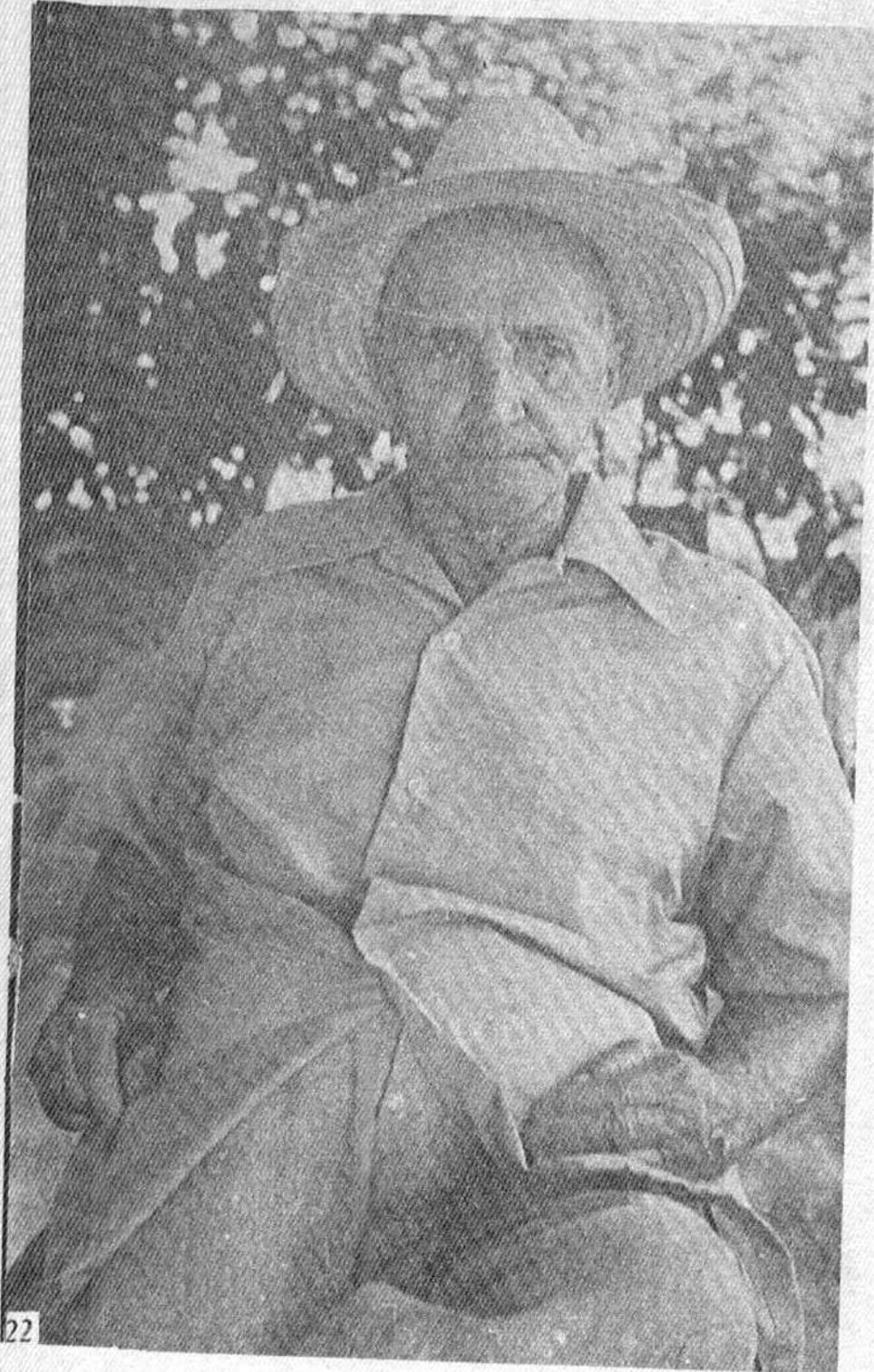
1953	AGOSTO							1953
DOM	LUN	MAR	MIE	JUE	VIE	SAB		
							1	
2	3	4	5	6	7	8		
9	10	11	12	13	14	15		
16	17	18	19	20	21	22		
23	24	25	26	27	28	29		

19





21







24

94

